

CRISTIANDAD

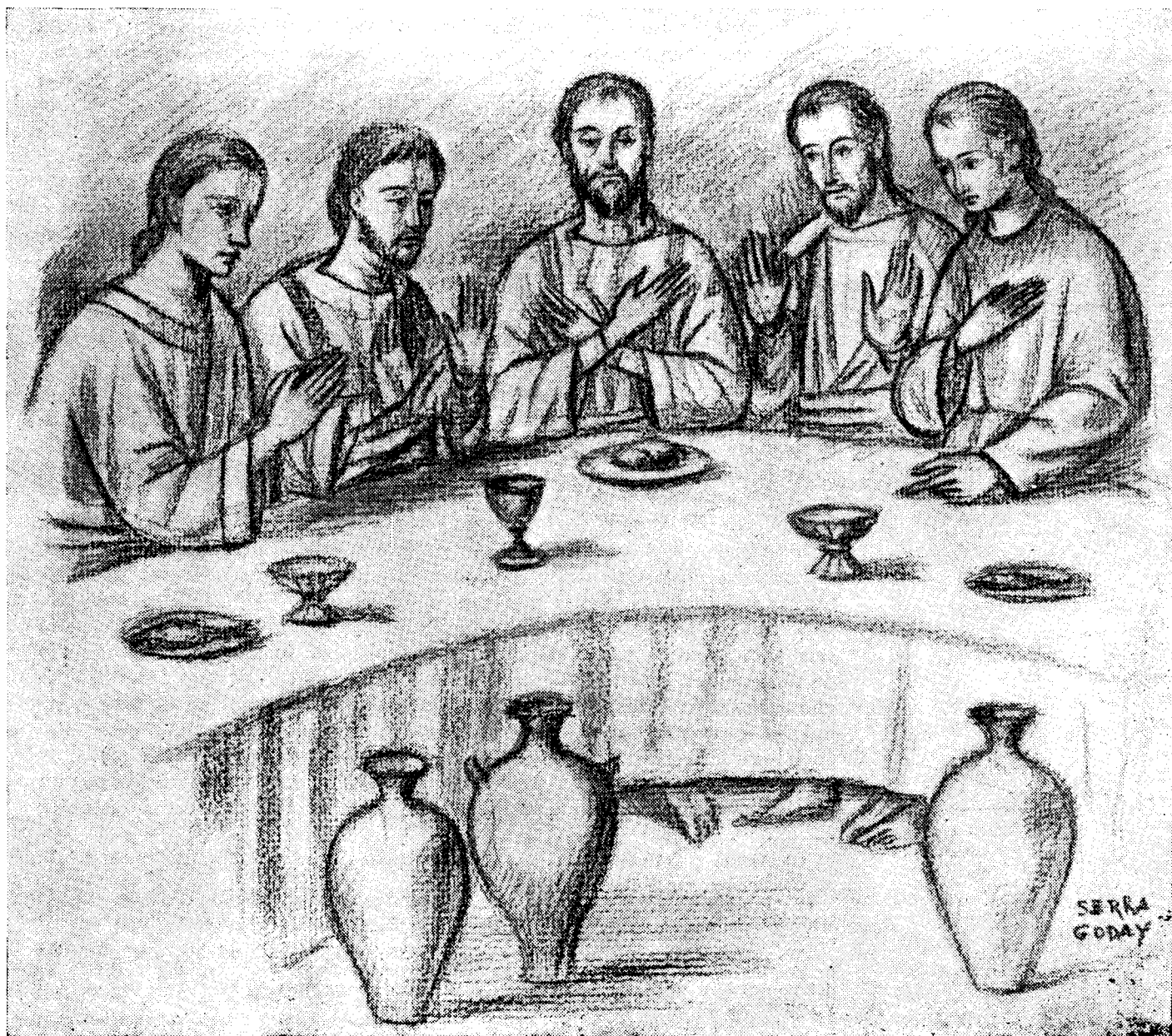
Año XXI - Núms. 401 y 402

BARCELONA

JULIO-AGOSTO 1964

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860-1958



VI CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL DE LEON - JULIO 1964

HISPANO-AMÉRICA

El algunos ambientes intelectuales españoles se acepta hoy como presupuesto indiscutido, y aun se pretende constatar cual un hecho obvio y patente, que la actual generación está ya saturada y fatigada del sistema de tópicos referentes a una "Cristiandad hispánica". Frente a posiciones tradicionales y cerradas, sería el no conformismo de la juventud el que impulsaría, en su búsqueda de un diálogo progresivo y renovador la apertura a las más recientes actitudes europeístas.

Es fácil comprobar sin embargo que los sectores de la juventud española "conformados" según la moda progresista no sienten en modo alguno cansancio ante los tradicionales ideales hispánicos. No podrían sentirlo: los ignoran y aún podría decirse que jamás han oído hablar de ellos. Lo que ocurre es que están acostumbrados a oír decir que "la actual generación está saturada de aquellos tópicos"; y los jóvenes pretendidamente no conformistas repiten simplemente, con alarmante uniformidad, lo que han oído proclamar a sus mentores.

Nos vinieron a la mente estas reflexiones al oír la palabra clarividente e intencionadamente orientadora del Cardenal Legado, en la clausura del Congreso Eucarístico de León. El Arzobispo de Lima no sólo habló de la comunidad espiritual de lengua, religión y cultura que los hispanoamericanos forman junto con España, madre de veinte naciones, sino que definió con concreta sugerencia "la especial responsabilidad de la gran familia hispánica en esta hora crucial para el mundo".

* * *

Asumir una responsabilidad exige una toma de conciencia realista, humilde por las deficiencias y culpas colectivas y agradecida a los dones que la Providencia ha otorgado a una comunidad humana. Muchas cuestiones surgen, de este modo, por sí mismas.

¿Cómo vino a agotarse la energía creadora de "aquellos pioneros ibéricos, herederos de treinta generaciones de cruzados contra el Islam, que extendieron el horizonte de la Cristiandad occidental hasta hacer que abrazase todas las tierras habitables y mares navegables del planeta?" (1). ¿Cómo pudieron generaciones posteriores olvidar aquella fecundidad creadora en el occidente cristiano, hasta el punto de sentir vergüenza por lo hispánico y complejo de inferioridad ante lo "europeo" o lo "occidental"? ¿Por qué la élite dirigente española e hispanoamericana ha venido a mostrar los caracteres de una *intelligentzia*, a modo de "proletariado interno" de una sociedad occidental en la que la hispanidad viene a aparecer ahora como "absorbida"? (2).

Desde el siglo de la Ilustración de familia hispánica parece herida por un "cisma horizontal" (3), que ha llegado a crear un abismo entre unas élites

(1) ARNOLD J. TOYNBEE, *Estudio de la Historia*, Emece Ed. Buenos Aires, 1963, p. 211, vol. II.

(2) *Ob. cit.*, vol. V, pp. 165 y ss.

(3) "El proceso de herodianización de los grupos dominantes de América latina es un fenómeno muy complejo... El decaimiento de la fe española... rompió para muchos criollos, el vínculo social y los proyectó hacia otra comunidad.

"Procedían nuestros liberales, en su mayor parte, de las logias masónicas, que tan activa función tuvieron en la preparación de la independencia, de modo que profesaban casi todos el deísmo que hizo de la masonería, en los países latinos, algo así como un sucedáneo espiritual y político de la Reforma.

"La actitud filosófica de las élites latino-americanas fue la que el historiador peruano Jorge Basardi llama 'el progresismo abstracto'.

"La reverencia sumisa a Europa... les infundió la amargura de ser americanos... por aquellos

dirigentes extranjerizadas y los núcleos populares enraizados en las corrientes profundas y seculares de su auténtica tradición.

El exigente examen de conciencia aquí sugerido quiere tener una orientación opuesta a la autocrítica derrotista que ha sido característica de nuestra desarraigada intelectualidad. Es sobre todo importante evitar el problematismo acerca de lo que es más esencial en nuestra vocación histórica: "¡cuán alejados de la verdad se encuentran los que se preguntan con temor, o con júbilo no disimulado: ¿es todavía la América latina un continente católico?" (4).

* * *

Nuestra Revista —que durante los veinte años de esfuerzo en su específica tarea al servicio del ideal del Reinado de Cristo, encontró siempre especial sintonía en los núcleos más selectos de la cristiandad hispanoamericana —quisiera contribuir a un verdadero diálogo que sirviese a la orientación por los caminos del futuro a la vez que librase nuestro subconsciente colectivo de complejos de inferioridad o de resentimiento.

Esta grande y noble comunidad de pueblos se encuentra hoy ante una encrucijada decisiva. Su sensibilidad popular cristiana la haría singularmente apta para comprender los actuales problemas del mundo en aquella dimensión esencial a que aludía el Cardenal Laudázuri, por la que no son otra cosa sino un momento de la permanente lucha entre la luz y las tinieblas. Pero, tal vez por el secular "escándalo" de sus pueblos ante la inautenticidad de sus clases dirigentes, la sutil dialéctica revolucionaria consigue seducir el sentimiento de la masa hacia el engaño del mesianismo comunista.

Pocos movimientos sociales habían causado tan profundo impacto en aquellos países como la revolución concretada en el "castrismo" cubano. Su fuerza radica en la protesta resentida contra la gran nación que es hoy hegemónica en el Occidente liberal. Pero, más profundamente, se apoya en la imposibilidad psicológica de que los pueblos hispanoamericanos sientan entusiasmo o simpatía por una concepción del mundo y sistema de valores que se les presentan como la solución alternativa opuesta al comunismo, pero que intuyen instintivamente como también destructiva de su genuino modo de ser.

En el presente momento nada sería más erróneo que el intento de vencer el materialismo marxista en hispanoamérica con otro materialismo liberal o social-demócrata. En este segundo error caen hoy cuantos pretenden que el único problema de aquellos países es el de una reforma igualitaria y socializante de sus estructuras agrarias e industriales, y aun llegan a proponer un intervencionismo norteamericano bajo el signo de un progresismo izquierdista (5).

A unos pueblos de gloriosa historia caballeresca y popular, de mezquina historia "democrática" y "burguesa", ningún anticomunismo liberal-conservador o social-democrático les libraría del peligro (6). Necesitan comprender el comunismo en su verdadera esencia anticristiana y enfrentarse a él desde la afirmación de la Cristiandad en actitud de Cruzada.

FERNANDO SERRANO MISAS
DIRECTOR

años comenzaba a tener auge el entusiasmo por los hombres rubios, así que otra insatisfacción adicional fue la de tener el cabello y a veces el rostro demasiado oscuros... y como si esto fuera poco el prejuicio racial hizo llegar en algunos la lamentación a su colmo al pensar que este hombre tan desgraciado porque vivía tan lejos de la cultura, porque no era rubio, y porque tenía vínculos raciales y espirituales con la desgraciada España, veíase obligado a vivir rodeado de indios, negros y mestizos..." Alejandro Magnet, *Génesis de una situación prerrevolucionaria*, Rev. Mensaje, núm. 123, octubre 1963.

(4) JUAN XXIII en su alocución de 15 de noviembre de 1958 a los miembros del Consejo Episcopal latino-americano.

(5) GERALD CLARK, *América en llamas*, Ed. Bruguera, Barcelona-Buenos Aires, 1964.

(6) V. en este mismo núm. de CRISTIANDAD "Brasil entre dos fuegos", de "Cruzada", B. Aires.



RADIOMENSAJE DE SU SANTIDAD EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO EUCARISTICO DE LEON

«La unidad católica, don superior para la promoción social, civil y espiritual de España.»

La ciudad de León, también ahora, como en otros tiempos, corazón de España, ofrece a Cristo en la Eucaristía el amor de la nación entera con el himno de sus vetustas arquitecturas, de sus joyas litúrgicas, de sus piedras románicas. Por las viejas rutas de peregrinación han llegado a la antigua capital del reino leonés romeros de la península representantes de Hispanoamérica y de Europa para dar expresión a su fe eucarística y tributar veneración al Rey inmortal de los siglos.

El panteón real que, bajo bóvedas de belleza mística incomparable, conserva en el silencio y en la espera de la resurrección los despojos mortales de veinte reyes, parece estremecerse en reverente adoración ante el Sacramento del Altar.

Al pie mismo del trono eucarístico, contemplando la cadena, desde tiempo inmemorial nunca interrumpida, de visitas al Sacramento expuesto, está el gran Isidoro, padre de la Iglesia, cuyo cuerpo hace nueve siglos vino de Sevilla a esta su basilica, y ahora, como entonces, la sangre de Cristo ha sido recogida en el antiquísimo cáliz de ágata, regalo de la reina doña Urraca de Castilla.

En las sesiones de estudio, igual que en la meditación silenciosa de las horas de adoración eucarística, durante estas jornadas se ha repetido el tema de vuestro Congreso: "Ut sint unum", y se han gustado las palabras de San Pablo a la co-

su mano con esa demolición de la pared divisoria que Él llevó a cabo por su muerte, de tal forma que ya "no hay judío ni griego" (Gal., 3, 28; Col., 3, 11). Cristo, que derribó el muro que separaba a los hebreos de los gentiles (Ef., 2, 14), lleva esta obra a más amplia ejecución, aboliendo toda posible frontera espiritual: "No hay bárbaro ni escita" (Col., 3, 11).

Este misterio de unificación, de unidad mística divina y humana en el que se cifra nuestra sociedad con Cristo, y mediante Él con Dios, con los hermanos, si bien se realiza en una esfera diversa de la puramente temporal, no ignora, sin embargo, la socialidad humana: la supone, la cultiva, la sublima. El cristianismo verdadero siente estremecer su alma con los gemidos de la creación, estando preparado para descubrir en la sociedad, como un signo de los tiempos, aquella misteriosa expectación, aquel movimiento hacia expresiones unitarias que fermenta en el pensamiento, en la cultura, en la acción con espera de mayor bien, con ansias de más altas conquistas. Vivir en Cristo no es estar en campo cerrado, porque la perspectiva del mundo a la luz del Evangelio es siempre rica y profunda y marca una línea que abarca hombres y cosas y enlaza todas las situaciones con capacidad de conducir las al designio primitivo y ordenador de Dios: "Conducidos todos a la unidad por el único", como dirá San Agustín (Serm. 195, 2, MI. 38, 10 18).

«Somos testigos de las grandes virtudes que adornan al pueblo español. Que el Señor os conserve la *unidad en la fe católica* y haga a vuestra Patria cada vez más próspera, más feliz, más fiel a su *misión histórica*.»

(Juan XXIII al V Congreso Eucarístico Nacional de Zaragoza.)

unidad de Efeso: "Un cuerpo solo y un solo espíritu, como una sola es la esperanza a la que estáis llamados por vuestra vocación, un solo Señor (Cristo), una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, en todos obra y en todos está" (E. 4, 4-6).

La unidad plena solamente se alcanzará en el paraíso cuando Dios sea todo en todos (cfr. 1 Cor., 15, 28) y los hombres "de toda raza, tribu y lengua" (Ap., 7, 9) alaben a Dios y al Cordero Inmaculado. La unión, deseo testamentario de Cristo, la que a sus discípulos toca realizar en constante esfuerzo, es fruto de un proceso ascético, de una actitud que se inicia con el acercamiento a Dios, porque es, ante todo, convergencia de voluntades al centro propulsor de la vida verdadera y el norte inspirador de toda verdad. Y este camino hacia la verdad y la vida pasa por Cristo: El es nuestra paz, nos enseña San Pablo (cfr. Ef., 2, 11-20; cfr. Ef., 3, 5-10), dándonos su gracia, nos introduce en la familia de Dios la Eucaristía, alimento y sustancia del vivir cristiano, sacramentado en el centro de las fuentes de la gracia.

En Cristo, nuevo Adán, se recoge y condensa lo multiplicado y disperso por el pecado, porque en Él todo se recapitula (cfr. Ef., 1, 10). La división y la discordia quedan vencidas por

El grito de unión de vuestro Congreso, el mensaje con que la Iglesia se presenta hoy especialmente al mundo y con el que invita aún a los que están fuera de ella, es palabra, es oración de Cristo en el cenáculo. La fe os hará leerlo en la custodia de vuestras procesiones. No se plantea como un ideal de defensa o de ataque, sino como verdad vital que tiene vigencia permanente y debe hacerse sustancia propia mediante la meditación y la plegaria, el sacrificio, el trabajo, la corrección a veces de la propia mentalidad y siempre con la comprensión y el amor.

Podrán ser desarrollados los mecanismos del diálogo, pero sin dar lugar a encendimientos condenables; podrán existir divergencias en la apreciación, en las posturas colectivas, mas dentro de la disciplina eclesial y sin romper la unidad y la concordia social, siempre bajo la ley suprema de la caridad, la cual señala límites obligados al tono que han de regir el intercambio de ideas en la búsqueda de la verdad con toda su riqueza. Esto, y sólo así, es signo de madurez y será preludio de perfeccionamiento, ansia de auténtica continuidad, proyección hacia nuevas metas.

Ante la insoslayable interacción de ideologías y fuerzas contrastantes, se habrá de recordar el "vigilate et orate" del único Maestro. Ante la irrefrenable ósmosis de los medios de

comunicación, se exigirá fortalecimiento en la fe, vigor de vida cristiana, intensificación de la instrucción religiosa, de una formación que sirva no sólo para mantener el contacto con Dios y para conservar el patrimonio religioso heredado, sino también, en espontánea y misional expansión, para la edificación del prójimo. De este modo principalmente estará garantizada la unidad católica, bien a hora poseído y que será siempre un don de orden y calidad superior para la promoción social, civil y espiritual del país.

Abre, España, tu alma a la esperanza. Abre tus ojos y mira a Cristo Pastor para que con la fuerza convincente e irresistible de su amor hermane cuanto pudiere quedar de aspereza por el dolor de horas tristes ya pasadas. Mira a Cristo Maestro para que el dominio poderoso y suave de sus enseñanzas y de su programa congrege a todos sus hijos; que Él en particular asista a los que están lejos de sus tareas para que no se enturbie la pureza de su fe, no se pierda la herencia de sus sanas costumbres, sino que al volver a su terruño se sientan de nuevo en la comunidad de hogar, de fe, de vida que con el camino de la emigración dejaron.

Ensancha, España, tu corazón a la caridad. Ahí, en la Eucaristía, está el "Rex et Centrus omnium cordium". Ahí, el Pan

bajado del cielo que se come en torno a la misma mesa; ahí, la vida que distribuye la savia buena a todos los sarmientos; ahí, la cabeza que rige y gobierna invisiblemente el Cuerpo místico entero; ahí, finalmente, el libro que resume el misterio de la Iglesia en su ascendente movimiento de adoración al Padre, en su retorno de amor redentor a los hombres, de la Iglesia, comunidad de culto y de santificación.

¡Oh, qué hermosa primavera la de esta Iglesia en España, hijos amadísimos! Que Cristo, Rey eucarístico, bendiga el trabajo de los campos, el trajín de las fábricas, el afán de los intelectuales, el apostolado de los sacerdotes. Y que la misericordia del Señor se confirme sobre el amadísimo pueblo español, con su celosa y benemérita jerarquía y las supremas autoridades civiles de la nación. A ti, dignísimo cardenal legado nuestro, que sucesor en la sede de Lima del gran leonés Santo Toribio, vienes de esa América donde España sembró, con el amor a la Eucaristía, una maravillosa unidad de fe; a vuestro venerable hermano el obispo de León y a todos cuantos estén de alguna manera unidos en estos momentos a las solemnidades del Congreso Eucarístico, impartimos de corazón la bendición apostólica."

HOMILIA DEL CARDENAL LANDAZURI, ARZOBISPO DE LIMA, LEGADO EN LA CLAUSURA DEL CONGRESO EUCARISTICO DE LEON

Espectáculo grandioso e imponente el que se despliega en estos momentos ante nuestra vista. La católica España, presente aquí en la persona del Excelentísimo señor Jefe del Estado, en los ministros de su Gobierno, en su jerarquía eclesiástica, en sus autoridades civiles y militares, en el pueblo todo venido de las diversas provincias de la nación, se encuentra aquí reunida para ofrecer, como un incienso sagrado, su homenaje de adoración y de entrega a Jesucristo, Rey Universal de las naciones, que hoy nos acompaña y preside solemnemente bajo los velos eucarísticos.

Nada podría traducir mejor el cúmulo de emociones e impresiones que se han posesionado de nuestro espíritu durante los inolvidables días de este VI Congreso Eucarístico Nacional que las palabras pronunciadas por el Apóstol San Pedro al presenciar en el Tabor el arrebatador espectáculo de la transfiguración del Señor: "Domine, bonum est nos hic esse". (Señor, qué bueno sería quedarnos aquí.)

Algo efectivamente de lo que saborearon los bienaventurados apóstoles en aquella excelsa cumbre hemos experimentado también nosotros a lo largo de estas solemnes festividades eucarísticas. Diríase que, en nuestros días, el velo que oculta a Cristo Jesús se ha hecho más tenue para poder irradiar más potentemente el calor vivificante de su Divina persona. Días de bendición y misericordia, en que parecen haberse desbordado con impetu irresistible los diques de las aguas de la gracia; días que han de marcar época en la vida individual y la vida social de España.

Un día Jesús caminaba por los campos de Palestina y al volver su mirada vio a una muchedumbre inmensa que le seguía, pendiente de las palabras de sus divinos labios y de los milagros que realizaban sus divinas manos, y conmovido su corazón, pronunció aquellas palabras: "Tengo compasión de esta muchedumbre". Y mandó que se acomodaran sobre la verde hierba. Y tomó Jesús los panes; dando gracias, los partió, y dióles a los que estaban recostados cuanto quisieron...

El pan de la tierra, hecho con el blanco trigo de los campos de Galilea, fue multiplicado por las bondadosas manos de Jesús para dar de comer a la multitud, que en aquella tarde, recostada sobre la hierba, asemejaba en su multicolor indumentaria un inmenso jardín de flores. Cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Aquel día Jesús se compadeció del hambre material de los que le seguían, de esa hambre que hoy es el azote del sesenta por ciento de la Humanidad, y obró un milagro estupendo para saciarla.

Pero Cristo tenía otra intención en su mente al obrar este prodigio. Nos lo dice San Juan en su evangelio. Aquellos hombres y mujeres, metidos en el diario bregar de la vida, recibieron aquel pan, se saciaron y se entusiasmaron. Pensaban haber encontrado, por fin, la solución de sus vidas. Por eso le buscaban ansiosamente; pero Él se les fue desapareciendo de entre ellos, porque querían hacerle Rey.

Se encontraron en Cafarnaúm al día siguiente. Habían caminado en busca del obrador de maravillas, del productor del pan fácil para saciar sus hambres terrenas, por todas las riberas del lago de Tiberiades. Cristo les echó en cara su interés y su sentido materialista: "En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis no porque habéis visto los milagros, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado". El hombre ha sido siempre así. Siempre fácil para buscar el alimento perecedero de la tierra, muy difícil en apetecer el alimento que "permanece hasta la vida eterna". Y entonces Cristo les hizo el descubrimiento maravilloso, la promesa generosa de una nueva vida, una vida plena, que Él venía a traer a los hombres, y de un alimento nuevo para sostener esa vida, un pan que desciende del cielo y que da la vida al mundo, un pan que es el mismo Cristo, el Pan de la vida.

A estas palabras misericordiosas de Jesús la muchedumbre que le seguía se dividió en dos campos: uno, el de los que no le creyeron, el de los que se escandalizaron, no llegando a comprender que hubiese otro alimento que el que sacia las necesidades corporales, y otro, el de los que creyeron, llenos de fe, en la promesa de Cristo, el de los que siguieron a los Apóstoles y pronunciaron, por boca del príncipe primado de la Iglesia, Pedro, aquellas entusiastas palabras: "¡Señor! ¿A quién iremos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna".

Son los dos mundos de siempre, enfrentados e incompatibles: el mundo de la muerte y el mundo de la vida, el mundo del pan terreno y el mundo del pan del cielo.

Es la lucha eterna entre la materia y el espíritu, que ahora se ha hecho batalla campal en todos los ámbitos de la tierra. Vivimos una hora difícil y de lucha. El materialismo avanza sobre nuestras líneas de defensa de los valores del espíritu. En nombre de una civilización deslumbradora, en nombre de un nivel de vida que se juzga indispensable para poder subsistir, hemos comenzado a no buscar más que la materia. Un ansia de placer, de vida desbordada, va matando, aun entre los que se encuentran en el campo de Cristo, la chispa del espíritu que se asfixia bajo el peso abrumador del hedonismo y de la ausencia del sentido cristiano del sacrificio.

En esta lucha sin cuartel entre el espíritu y la materia, entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas, corremos peligro de merecer de parte de Jesús aquel reproche que leemos en el Evangelio de este domingo: "Los hijos de este mundo son más sagaces y activos que los hijos de la luz". Los hijos de este mundo, con increíble habilidad, aprovechan todas las ocasiones para asegurar sus intereses temporales, que, en el fondo, son ganancias efímeras. En cambio, los hijos de la luz, los cristianos, que conocen bienes y valores infinita-

mente más grandes, que son hijos de un Padre que no tiene mayor interés, mayor deseo que darles el tesoro impercedero de la vida eterna, no se preocupan de ella y ponen los medios que están en sus manos para alcanzarla.

Frente a este espectáculo de lucha del bien y del mal, y en esta hora crucial para el mundo, la gran familia hispánica tiene una especial responsabilidad. ¡Amados hermanos e hijos queridos de España! Nosotros, los hispanoamericanos, que participamos con vosotros de una misma comunidad espiritual de lengua, de religión y de cultura, estamos a vuestro lado. Unidos, la gran familia de la Hispanidad, constituimos en el mundo una reserva privilegiada de ese espíritu que se nutre de la vida divina que Cristo vino a traer a la tierra, que nos ha dejado el manantial en el sacramento eucarístico. Nosotros creemos en Dios; nosotros todavía sentimos la felicidad de la fe y los anhelos de la Eucaristía.

Este Congreso Eucarístico de León es un acto de presencia de ese espíritu que debe ser nuestro orgullo y que es nuestro tesoro. Este Congreso Eucarístico tiene por eso un gran significado en estos momentos. Lo celebramos en esta tierra castellano-leonesa, que parece vivir sin cuerpo, hecha toda ella de espíritu; en esta ciudad de León, frontera y castillo contra el poderío musulmán y anhelo de reconquista cristiana, reflejado en la austeridad de su estilo románico, en las airosas y sublimes líneas de su gótica catedral, pura cual ninguna en España, que parece elevarnos al cielo, despreciadora de la tierra, ascendiendo hacia Dios vertiginosa y limpia.

Como sucesor en la sede limense de uno de los más preclaros hijos de esta tierra leonesa, Santo Toribio de Mogrovejo, el

gran apóstol de América, nos sentimos en estos momentos emocionados ante el espectáculo admirable de vuestra fe, de vuestra caballerosidad, de vuestra hidalguía.

Hemos llegado ya al término de este gran Congreso Eucarístico Nacional y estamos ya ansiosos por escuchar las venerables palabras del mensaje con que el Padre Santo, que os ama tanto y tan amado es por vosotros, quiere sellar personalmente estas solemnidades.

Antes de terminar, sólo unas palabras, que no pueden ser sino de oración y de plegaria.

Que Dios y su Santísima Madre, bajo la dulce advocación de la Virgen del Camino, bendigan copiosa y largamente a León, tierra gloriosa y heroica; a España, madre espiritual de veinte naciones y excelsamente privilegiada, que ha dado una pléyade fulgurante de santos a la Iglesia de Dios. De Él fue ayer, de Él es hoy y de Él será siempre.

Que bendiga a Su Excelencia el Jefe del Estado, aquí presente, a fin de que sus esfuerzos incansables sean siempre coronados por el éxito, guiando a la nación por el derrotero de la paz interior y exterior, bien supremo de los pueblos.

Que bendiga a su Gobierno y a las autoridades todas para que sus actos sean siempre inspirados en los principios del Evangelio, los únicos que pueden asegurar el bienestar de las naciones.

Que bendiga a los representantes jerárquicos de la Iglesia española y a todos los miembros de ambos cleros, a los religiosos y religiosas, para que sigan siendo luz de doctrina y fermento de santidad en esta privilegiada nación e instrumento de Dios en la extensión de su reinado espiritual en multitud de naciones y pueblos.

Que bendiga a todos los hogares y a todas las familias de nuestra querida España para que siempre brille en su cielo, sin nubes ni manchas, junto con las virtudes cristianas, el radiante sol de la felicidad, del bienestar y del progreso.

O SACRUM CONVIVIUM...

Al Congreso Eucarístico Nacional de León (Julio 1964)

¡Oh regalado festín!
 en que a Cristo se recibe,
 donde el mismo amor revive
 con que nos amó hasta el fin.
 Envidia del Serafín,
 memoria de la Pasión,
 que al humano corazón
 de la gracia le satura
 y es de la gloria futura
 anticipo y galardón.

El pan En las trojes del Sagrario
 guarda el Padre Celestial
 trigo escogido y candeal
 de las eras del Calvario.
 Sabor escogido y vario
 tiene, con tal eficacia
 que, adornado de la gracia
 cuando le come el amigo,
 de la grosura del trigo
 según el hambre se sacia.

Adipe frumenti satiat te (Ps. 147-14).

El Vino Plantó mi Amado una viña
 mejor que las de Engaddí
 y un lagar en la montaña
 del Calvario, para mí.
 Desde que el zumo bebí
 siento un no sé qué divino

con un ardor peregrino
 que el alma apura y acendra,
 pues este sagrado Vino
 almas vírgenes engendra.

Vinum germinans virgines (Zach. 9-17).

El Agua Acudo a la Eucaristía
 cuando la sed me atormenta
 do me recrea y sustenta
 Cristo Jesús vida mía;
 no quiero el agua estantía
 de la agrietada cisterna;
 beberé en su mano tierna
 el agua que no se agota,
 la que de su pecho brota
 y salta a la vida eterna.

Fons aquæ salientis in vitam æternam (Ion. 4-14).

La Miel Dame este Rey eternal
 cuando a su mesa me siento,
 en su augusto Sacramento,
 un dulcísimo panal.
 ¡Qué parte tan desigual
 la que a Él y a mí nos toca!
 Porque acibara su boca
 con las heces de la hiel,
 pero a mí me da la miel
 que destila de la roca.

De petra, melle saturavit eos (Ps. 80-17).

FRANCISCO SEGURA, S. I.

UN ASPECTO DEL ECUMENISMO

El argumento en favor de la libertad religiosa, sacado de la necesidad de fomentar el movimiento ecuménico, en cuanto éste se ordena a preparar y, en su día, conseguir la unión deseada por Jesucristo, tiene su apariencia; pero no prueba que, en todos los países, aún católicos, hoy, deba establecerse una absoluta igualdad jurídica entre católicos y cristianos no católicos, de suerte que éstos puedan actuar en público como los católicos. ¿Y por qué no la prueba? Porque el *prudente* diálogo con los hermanos separados es, en principio, conveniente y aún necesario, para conocer los unos el pensamiento y la situación psicológica de los otros, y para derivar de ese conocimiento los comportamientos adecuados para el progreso hacia la meta de la unidad; y ese diálogo requiere comprensión y amor.

Pero puede darse sin exigir, como condición previa *sine qua non*, la igualdad jurídica universal de los dialogantes, ni la absoluta equiparación de todas las confesiones cristianas como iglesias de Cristo.

Más aún, estas dos condiciones no pueden ser admitidas por los católicos. No puede serlo la igualdad jurídica universal de los dialogantes; porque, si bien en países religiosamente divididos en grupos de gran importancia e influjo social, se impondrá, en mayor o menor grado, esa igualdad de todos ellos, por exigencias del bien común; en cambio se impone la desigualdad, en países de unidad católica, a lo menos mirando el asunto desde una perspectiva nacional, como ha de mirarse mientras no conste — y ciertamente, no consta — que el bien general de la Iglesia y del orbe pida ya hoy aquel estatuto de igualdad de que hablaba Pío XII a los juristas italianos.

La igualdad jurídica de los poquísimos disidentes, en un país católico, vgr.: en España, pone en manos de los cristianos no católicos, nacionales y extranjeros — sobre todo extranjeros, tratándose de España — toda clase de recursos para difundir sus errores y seducir a muchos católicos no bien preparados, que siempre son y serán legión, pese a la realidad de su fe católica; ese proselitismo fomenta la división religiosa, en lugar de la unidad querida por Cristo; lo cual es contrario a los fines del mismo movimiento ecumenista, y un grave mal para la Iglesia: la española y la universal, y para el Estado, como demostraremos en un próximo artículo.

Por consiguiente, para que teólogos protestantes puedan dialogar, sin sentirse humillados ni violentados, con teólogos católicos españoles, no es justo nos exijan que empecemos por reconocerles, en la España católica, los mismos derechos al culto público y a la propaganda que se reconocen legalmente a los católicos.

Ellos han de comprenderlo así y, de no hacerlo, les faltaría en absoluto la comprensión que nos andan pre-

dicando, orquestados por el progresismo católico mundial y, sobre todo, francobelga y norteamericano.

Ir al diálogo los católicos con la persuasión de que las iglesias cristianas no católicas son iglesias de Cristo, como lo es la católica, o que forman parte de una Iglesia universal y en plano de igualdad con la católica, es imposible; por falso y por ilícito.

La Iglesia católica apostólica romana, dijo el Papa en su mensaje de Belén, es la Iglesia de Cristo, porque es la que fundó el Señor sobre la roca, Pedro; las Iglesias protestantes, y las orientales denominadas ortodoxas, bien que conserven tesoros cristianos que llevaron consigo el aciago día de la separación, y, algunas al menos, los comuniquen a sus miembros, no son ni cada una ni todas juntas la Iglesia de Cristo, porque no profesan la misma fe ni obedecen al Supremo Pastor, al que Cristo confió su rebaño.

Por virtud de la buena fe y de la adhesión al Salvador, que puedan darse en muchos de sus miembros, si no en todos, participan de su vida, en mayor o menor grado, pese a sus errores involuntarios y a su cisma no conocido como tal; pero no pertenecen al edificio asentado sobre Pedro, piedra sillar, no son miembros ligados por la fe y la obediencia a la sociedad fundada por Jesucristo, y no disfrutan de la misma abundancia de gracias, fluyentes de su Divino Corazón, que los católicos, moradores de la auténtica *Domus Dei*, comensales del banquete ofrecido en ella por el Padre, y ovejas del único redil y del único Pastor. Así lo expresaba Juan XXIII, incluso en la oración que compuso para impetrar gracia divina abundante durante el Concilio Vaticano II, y así lo recalca siempre Pablo VI.

Si los católicos, por razón de pertenecer a la Iglesia de Cristo, la fundada sobre Pedro en sí y en sus sucesores, no llevan ninguna ventaja en orden a realizar el plan redentor y participar de sus dones, no se ve qué razón pueden alegar para justificar el trabajo que se toman por la unión en la doctrina, en el culto y la liturgia y en el régimen, con los demás cristianos, convirtiéndolos al catolicismo. Llegarán, más bien, a mostrarse indiferentes ante el apostolado que aspira a la conversión del mundo a la fe católica, incluso del mundo protestante y cismático.

Ese estado de indiferencia se rezuma ya en el modo de hablar de muchos católicos, que sobreestiman la supuesta buena fe de los hermanos separados, y desprecian la verdadera fe que, por gracia de Dios, ellos poseen. Al considerarnos todos los cristianos iguales, cesa, en los católicos, el anhelo apostólico, y, en los acatólicos, la posibilidad psicológica de conversión. Hace unos meses se daba ese indiferentismo como razón de la baja

de conversiones al Catolicismo en Inglaterra estos últimos tres años; precisamente los de mayor irenismo. Si somos iguales y realizamos del mismo modo los planes de Cristo, ¿qué razón puede darse para cambiar de confesión?

Si ése había de ser el término del ecumenismo, nada peor que el ecumenismo, pues sería un instrumento de desvirilización del espíritu conquistador del mundo para Cristo. Y si la buena fe del pagano merece tanto respeto como la del cristiano separado, pongamos también fin a las misiones entre infieles...

Que la Iglesia católica sea la única iglesia de Cristo, su Iglesia en sentido pleno, no pueden negarlo los católicos sin negar su fe, ni pueden ir al diálogo con el alma dispuesta a conceder a los interlocutores no católicos que su fe de ellos es la auténtica; y sus iglesias, la Iglesia de Cristo. Por eso dijo el Papa en el mismo discurso: La unidad de los cristianos "no puede ser nunca obtenida a costa de un detrimento de la fe y de sus dogmas. Nos, no podemos ser infieles al patrimonio de Cristo, pues no es nuestro, sino suyo. Nosotros no somos más que los depositarios y los intérpretes".

Lo cual no significa que en todo diálogo el católico haya de herir a sus interlocutores con extemporáneas profesiones de fe, humillantes para ellos. Eso no es necesario. Ha de ir a ellos con sentimientos de humildad y amor, ha de oír con bondad, replicar y responder, exponer su verdad, probarla y refutar los errores con objetividad y mansedumbre y manifiesto deseo de que se entienda el pensamiento de Cristo, no formalmente con pasión desordenada de triunfo personal y derrota del adversario.

Si así procedemos, ni los protestantes ni los ortodoxos verán en nuestra intransigencia dogmática, soberbia: verán sólo firmeza en nuestra fe y fidelidad a ella, esto es, a Cristo, aunque crean que estamos equivocados.

De hecho, los más prestigiosos representantes del protestantismo así lo reconocen ya, y, lejos de ofenderles nuestra actitud, les edifica y les parece lógica. Esa firmeza en la creencia de que sólo nuestra Iglesia es la de Cristo les impresiona enormemente, y, yendo acompañada de pureza, de vida y de caridad con ellos, los atrae y los convierte al fin.

En relación con el movimiento ecumenista, se reprocha a los católicos que, donde son minoría, exigen la libertad religiosa para ellos, y donde son mayoría la niegan a los demás; y añaden escritores católicos de países pluralistas, con exiguos grupos minoritarios católicos, que esa dificultad les resulta dialécticamente muy incómoda, y aún de imposible solución; y que prácticamente facilita a los protestantes de la mayoría el mantenimiento de las leyes contrarias a la libertad de los católicos, como en Suecia, Noruega y Dinamarca.

Esta dificultad, difícil psicológicamente de resolver, no está bien propuesta. Porque la verdad es que los

católicos pedimos libertad, e igual para todos los que guardan la ley natural, no donde somos minoría, sino donde quiera que haya división religiosa en grupos importantes: protestantes, judíos, católicos, musulmanes; y sólo pedimos restricciones jurídicas a los disidentes, cuando somos la totalidad, a lo menos moral, en un país de unidad religiosa católica, como España.

Y ambas actitudes se justifican plenamente mirando a las exigencias del bien común, en una y otra situación, tan diferentes.

Porque ese bien común exige la igualdad para todos, en una sociedad dividida; y las restricciones para los disidentes, en una sociedad totalmente católica.

No es verdad que en caso de simple mayoría católica, v. gr., la mitad más uno, y sin otros motivos, los católicos neguemos libertad de culto público y propaganda a la minoría o grupo de minorías que moralmente supondrían tanto como la mayoría.

En esta materia, entre ciertos límites, no cuenta sólo el número, sino la importancia de cada grupo, y su influencia en el bien común, razón potísima normativa de la actuación del Estado.

Bien común que, así en libertad como en restricciones de la libertad, puede exigir diversos grados y matices, según la situación sociológica de cada país o de un mismo país en diferentes períodos de su historia. Puede verse un examen más detenido de esta cuestión en mi libro "La libertad religiosa y el Estado católico", páginas 149 y ss.

Me abstengo de otras consideraciones teológicas sobre el modo de hablar de los escritores progresistas, cuyo estilo parece ignorar los prevalentes derechos de Dios, de la verdadera religión frente a las falsas, de la primacía de la verdad y del honor divino sobre el error y sobre la dignidad de la persona humana, de la conciencia verdadera sobre la errónea, aunque sea recta.

Un humanismo recortado y cerrado en sí mismo ha venido a ser una mística más operante que la del deísmo cristiano, aun en esos medios católicos, cuyo *leit motiv* es la exaltación de la persona humana, aun desconectada de Dios y de su augusta verdad y voluntad.

La caridad, una caridad *sui generis*, se antepone a la fe y aun se separa de ella, la libertad prima sobre la verdad, la espontaneidad sobre la ley. El hombre es el centro de la vida, no Dios. Se supone que la convivencia entre los hombres no puede organizarse sino desterrando de ella a Dios. ¡Puro laicismo! Pero sin Dios, ni la vida ni la sociedad tienen sentido. Se hacen ininteligibles y condenadas a la irrealidad, por la misma imposibilidad de la convivencia que se quería estructurar. Dios es esencial a la vida humana, individual y — más aún, si cabe — social, y ningún ser puede subsistir sin satisfacer a las exigencias de su propia esencia. La sociedad, o se rehace según el plan divino, o se precipita en su ruina sin remedio.

E. GUERRERO, S. J.

EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

Nota preliminar

Como consecuencia de haber sido aireado este tema por la prensa comentadora del Concilio, el problema de la libertad de conciencia ha derivado hacia un terreno polémico en el que es imprescindible claridad de conceptos. De otro modo, el confusionismo hoy reinante en todo género de ideas aumentará la desorientación en criterios y planteamientos.

En un sincero deseo de cooperar al esclarecimiento de cuestión tan debatida, pensamos prestar un servicio ayudando a deslindar claramente los límites del problema. En toda polémica se dan dos o más bandos de opinión que casi siempre acaloradamente disputan entre sí, sustentando cada uno posiciones más o menos discordes. Opinar es siempre lícito, cuando se trata de materias de libre opinión; pero será siempre condición indispensable, la claridad de conceptos en aquello que se somete a discusión. Y he aquí lo que en materia de libertad de conciencia falta en absoluto, al menos en buena parte de quienes en la calle o en la tertulia se permiten emitir sus opiniones.

Puntos claros

La discusión ha de centrarse, no precisamente en la libertad de creencias, con inviolables derechos en los unos — abiertamente reconocidos siempre por la Iglesia — y obligaciones de respeto en los demás. Sino en este otro: en si es o no aceptable la propaganda no obstaculizada de las propias creencias; o lo que es lo mismo, la libre actuación proselitista de cualquier credo o confesión religiosa.

No se trata además de que prevalezca, sin más, una u otra opinión. Se trata de un tema de extraordinaria importancia en el que es sólo la Iglesia quien debe decir la última palabra, determinando con toda la autoridad, y al mismo tiempo la perpetuidad e irrevocabilidad de sus decisiones, si ha de dejarse o no curso libre a cualquier actuación proselitista, aun proclamándolo solemnemente en el Concilio.

Advirtamos igualmente que la discusión no atañe a la cuestión de derecho como equivocadamente se plantea; sino tan sólo a la oportunidad o conveniencia. La cuestión de derecho se refiere exclusivamente al problema *personal* de la libertad de conciencia; pero no al proselitista. Y la razón es bien clara: cada cual — siempre que se mantenga en un plano de equilibrio y sinceridad — tiene derecho inviolable e inalineable a seguir aquellas creencias que su recta razón le dicte, ya que la única fuente de donde puede llegarle la luz es la propia

conciencia, iluminada, bien sea por la revelación, bien por la razón natural que a ningún hombre normal Dios niega: pero de ahí, no se sigue que cualquiera goce de derecho inviolable e inalineable a propagar un error, aún cuando él personalmente esté persuadido de que es verdad lo que su conciencia le dicta! Sería el caso del que pretendiera trasladar a sus relaciones comerciales la opinión, para él cierta, pero en sí misma errada, de que dos y dos son cinco...; o del que, no admitiendo la existencia de Dios, quisiera propagar su ateísmo...; o del que, convencido de la licitud del "birth control" contra naturaleza, tratara de propagar ese funesto y errado sistema de solucionar el subdesarrollo...

Hay también que deslindar con toda precisión y claridad los dos campos indicados, *del derecho y de la oportunidad*. De lo contrario, los criterios podrían basarse en una falsa perspectiva, en lugar de fundamentarse en base cierta. Es decir, que las conclusiones a que pueda llegarse, a partir del problema de la libertad de conciencia, dependen en gran parte de su recto planteamiento. Y no es lo mismo plantearlo como cuestión de derecho, con consecuencias tan irrevocables e inalineables como el mismo derecho en que pretendiéramos fundamentarlo; que como cuestión de conveniencia u oportunidad, con consecuencias revocables al ritmo de los tiempos del progreso de la Sociedad y de la misma amplitud y extensión del Mensaje de Verdad del Evangelio o mayor número de hombres.

Y, dado que el problema no sea del derecho, sino de la *oportunidad* de aceptar o no la libre actuación del proselitismo confesional, podrá plantearse la cuestión de si, a pesar de ser un error doctrinal lo que intenta propagarse, será oportuno o conveniente "*transigir*" con quienes ningún derecho tienen a transmitir sus errores... Pero haciendo constar claramente *que en manera alguna se trata del reconocimiento de un derecho que no existe, sino tan sólo de una concesión que se juzga en estas concretas circunstancias oportunas*.

Finalmente, aunque no seamos los simples fieles los llamados a decidir la cuestión, es siempre interesante, como fieles hijos de la Iglesia, que conozcamos el criterio orientador en materia tan debatida, dejando el juicio definitivo de todo el problema en manos de la misma Iglesia.

Trascendencia del acierto en la opinión acerca de la libertad de conciencia

De las opuestas — y aun tan sólo las diversas — opiniones que se adopten en tema tan delicado, pueden se-

guirse consecuencias de gravedad que habrán de redundar en bien o en mal de la Iglesia y de las almas.

Más aún: el mismo bien o el mal que a sectores concretos y parciales de la Iglesia se siguiera, podrá ser que, mirando a todo el conjunto de ella, dejara de constituir un bien, antes degenerará en mal; y viceversa.

Hay autores que sostienen ser conveniente dar paso a la libre expansión proselitista de cualquier confesión o credo religioso, por el respeto a la misma conciencia de quienes se creen obligados a ello con lo cual — dicen — no se lesionarían para nada sus intereses de conciencia.

Otros opinan que de la libre aceptación por la Iglesia — y todavía más, si fuera por solemne declaración conciliar — del proselitismo religioso, habrían de seguirse a la Esposa de Cristo aumentos patentes de prestigio, por la sinceridad y nobleza de procedimientos que tal actitud mostraría, y por la generosidad que en ella supondría respecto de quienes le niegan eso mismo que ella ampliamente les concediera. Y aún añade que, en unos momentos históricos como los que la sociedad está viviendo, en que tantas formas de materialismo y ateísmo tratan de eliminar todo rastro de religión, sería incalculable el servicio que a toda la humanidad se prestara, si la Iglesia proclamase la libertad de propaganda para todo credo religioso.

Otros, en cambio, advierten el serio peligro de resquebrajamiento de la Fe que fatalmente habría de seguirse en naciones que gozan de una unidad religiosa que positivamente ha influido en conservar valores humanos y de convivencia social y aún política sanamente constructiva. E incluso ven que una libre admisión, en paridad con el Catolicismo, de cualquier confesión religiosa daría ocasión a la inquietud y al escándalo, no sólo en naciones que gozarán de la referida unidad religiosa, sino aun en aquellas en que el Catolicismo no estuviera en mayoría. Y aducen el caso concreto de Inglaterra, en la que es evidente la disminución de convertirse al Catolicismo, a partir de un movimiento "ecuménico", interpretado desconcertada y desconcertantemente.

Como podemos fácilmente apreciar, y dado que no se trata de una cuestión de derecho — inexistente, como más arriba exponíamos, porque nadie tiene derecho a propagar un error, aun cuando personalmente estuviera persuadido de que poseía la verdad —, sino de la oportunidad o conveniencia de "tolerar" o "transigir" con tal propaganda: la cuestión no debe decidirse a la ligera, sino después de serio y profundo examen, a la luz de los hechos y de las ventajas e inconvenientes que una decisión de este género reportaría. Tanto más, cuanto que — como antes queda expuesto — el mal o el bien que de todo ello pueda seguirse, y mirando a parcelas aisladas de la Iglesia, podrá ser que en realidad, ni fuera tal mal, ni aún tal bien, mirando al conjunto y viceversa...

Habrá que tener también en cuenta la calidad y contenido de las confesiones a las que se "tolerara" la propaganda, ya que no todas, ni mucho menos, gozan igualmente de prestigio y autoridad aún dentro de un sector

mismo de creencias; piénsese, por ejemplo, en la multitud de sectas protestantes, muchas de las cuales carecen en absoluto de prestigio ante los grupos más antiguos y tradicionales del protestantismo...

Nuestra opinión

El argumento basado en el respeto a la conciencia de quienes pueden sentirse por ella obligados — argumento semejante al de los "objetores de conciencia", tan del día — no parece valedero tratándose de creencias en sí falsas, aún cuando el que las sustente crea firmemente que son verdaderas. Puesto que, si es cierto que hay que respetar la conciencia de cada uno, tal respeto deja de urgir desde el momento en que hay otros bienes que se sentirían gravemente lesionados, de atender a él. Cualquiera de los ejemplos más arriba aducidos podría servirnos de aclaración. Y, respecto de los "objetores de conciencia", conviene no olvidar que a toda costa y por encima del respeto a la conciencia individual, urge exceptuar los casos en que positivos males (como serían la fama de "deserción" o de "falta de patriotismo", etc.) amenazan a quien presente tal reparo de conciencia.

Respecto de los argumentos deducidos de la generosidad, de la nobleza de procedimientos, y aún — como cierto autor de no pequeña autoridad los apellida — de "limpieza de juego"; parece hay que responder que la escala de apreciación de aplicación es totalmente diversa para la Verdad y para el error; y que nadie, por puras consideraciones de "juego limpio", debe transigir con el error y admitirlo a paridad de valoración con la Verdad. ¿Sería correcto, por ejemplo, que cualquiera de nosotros, por respeto al "juego limpio" y para que, cuando en nuestra vida ciudadana tuviéramos necesidad de ser dignamente tratados, transigiera con un abuso o una extralimitación de quién pudiera poner dificultades a aquellos derechos? La Iglesia tiene que predicar la Verdad, dondequiera que fuere y conforme al mandato de Cristo; y, si en alguna parte le niegan este derecho, ella seguirá buscando el modo de cumplir su Divina Misión, pero sin cometer el desacierto de dejar de afirmar sus derechos y de negárselos a quienes siembran el error, por miedo a que unos u otros le acusen de "juego menos limpio..."

Tal vez se objete que el enfoque del problema desde el punto de vista de "la diversa condición de la Verdad y el error", no es completo, porque no toma en consideración si los derechos son para ambas partes igualmente apremiantes e igualmente irrenunciables; y que tampoco es un enfoque adecuado, porque sitúa el fundamento del derecho a propagar la Verdad en el orden objetivo, y no en la intimación de Dios a proceder según el dictamen de la propia conciencia.

A esto se responde que, en primer lugar, no habiendo derecho en el que subjetivamente está convencido de que es verdad lo que objetivamente es un error, sino a seguir el dictamen de su conciencia, pero no a propagar tales errores: el apremio y la irrenunciabilidad sólo pueden referirse al problema personal y no al del proselitismo.

mo de ideas objetivamente falsas. Y, en segundo lugar que nunca podrá probarse que Dios intime a nadie la propagación de un error, por más que haya quienes estuvieran persuadidos de que es cierto el error que sostienen. Como es claro que nunca podrá probarse que Dios intima la perpetración de un crimen, aun cuando haya habido en la historia quienes de buena fe creyeran que estaban obligados a cometerlo...

Hay, con todo, un argumento en pro de la conveniencia de "tolerar" la libre propagación de lo que siendo error doctrinal se cree sinceramente verdad cierta, que puede a *primera vista* hacer su fuerza. Y es el del servicio que a la humanidad podría en la actualidad prestarse, cuando medio mundo sin Dios trata de arrancar hasta el último vestigio de religiosidad en el resto de la tierra habitada... Tal argumento, aun reconociendo la falta de derecho a la propaganda en la serie de confesiones religiosas existentes que no poseen la Verdad, parece de gran fuerza probativa, puesto que mejor que creer en Dios, aún cuando se yerre en la religión que le dé culto, que practicar el ateísmo... Y, aun cuando tal propaganda llevara a muchas personas por desgracia indebidamente instruidas, a un inevitable confucionismo, *parece* que el bien universal que había de seguirse, de mantener en una sociedad abocada a la irreligiosidad y aun al ateísmo el más mínimo vestigio de culto a la divinidad, compensaría con creces la pérdida del recto criterio religioso de algunos particulares...

¿Qué se responde a esto? La verdad es que no acaba uno de persuadirse de que esa "tolerancia" o "transigencia" con la propaganda de los errores religiosos sea capaz de aportar más bienes que la posición contraria que evita palpablemente un mal, al impedir el resquebrajamiento de la Fe y la pérdida de la misma para muchos, como lo demuestra la historia antigua y la de nuestros días. Piensa uno: sinceramente ¿merece la pena exponer a las almas a un mal cierto, por la sola posibilidad de obtener un bien, que no es ni mucho menos, claramente adquirible con la "tolerancia"?

Dada, pues la magnitud del problema, opinamos que, *mientras no sean más claras unas mayores ventajas en el ceder y en el "transigir" con quienes sin derecho alguno a propagar el error creen estar en la verdad, la prudencia y el bien de las almas exige mantener una postura de no tolerancia con el proselitismo de confesiones no católicas.*

Si, estudiando con mayor profundidad el asunto, el Santo Concilio o el mismo Papa juzgan oportuno ceder del derecho de la Iglesia a oponerse al libre curso del proselitismo religioso de los credos acatólicos, por ser mayores los bienes que los males; *ese superior criterio, inspirado, sin duda, por el Espíritu Santo sería la verdadera y acertada solución del problema.*

DANIEL M.^a AGACINO, S. J.

Valladolid, julio 1964.

Ante todo es preciso afirmar claramente que ninguna autoridad humana, ningún Estado, ninguna comunidad de Estados, cualquiera que sea su carácter religioso, pueden dar un mandato positivo o una positiva autorización de enseñar o de hacer lo que sea contrario a la verdad religiosa o al bien moral. Un mandato o una autorización de esta clase no tendría fuerza obligatoria y se haría ineficaz. Ninguna autoridad podría darlos, porque es contra naturaleza obligar al espíritu y a la voluntad del hombre al error y al mal o a considerar al uno y al otro como indiferentes.

... lo que no responde a la verdad y a la norma moral no tiene objetivamente derecho alguno ni a la existencia, ni a la propaganda, ni a la acción. El no impedirlo por medio de leyes estatales y de disposiciones coercitivas puede, sin embargo, estar justificado en interés de un bien superior y más vasto.

Pfo XII

6 diciembre 1953.

VEINTICINCO AÑOS, CINCUENTA AÑOS

PIO X, PIO XI, PIO XII

En la escuela del Padre Orlandis...

“... *Un alto vigile spirito sempre rivolto alla scoperta delle trace della Provvidenza tanto nei grandi che nei piccoli eventi...*” “... Un espíritu siempre escrutando las huellas de la Providencia tanto en los grandes como en los pequeños acontecimientos...”. Tal ha sido la frase definitiva y lapidaria, básica del discurso en memoria del formidable Papa Pío XI, pronunciada por nuestro actual Pontífice Paulo VI en la reciente conmemoración de los 25 años del tránsito de aquél.

Y esta frase nos ha llegado muy adentro.

¿Sería un atrevimiento excesivo asegurar que ella, pronunciada por labios tan augustos y autorizados, nos ha venido como a confirmar que aquella escuela del Padre — nuestra Schola Cordis Jesu —, estaba como ungida de los designios, de las consignas espirituales de aquel su tiempo, y que, como muy bien nos testamentó, en circunstancias memorables, el santo Obispo Doctor Irurita, hemos sido discípulos de una voz que nos ha hecho sentir lo que son las esperanzas de la Iglesia, y a cuya tradición no podemos ser infieles?

“Síguenle, y escúchenle. Todo cuanto les diga, el Padre Orlandis, soy yo, vuestro Obispo, que os lo confirma”. Tales son las palabras, como testamentarias, que nos dejó el Obispo Mártir, y de las que somos testigos.

«Alla scoperta delle trace della Provvidenza...»

En más de una ocasión, en nuestros recuerdos, consignados en estas páginas, hemos significado aquella impresión, casi infantil, que teníamos, en nuestra juventud, y, por así decir, en nuestra retina espiritual, de convergencia entre la figura de nuestro Padre Orlandis y la del Papa Pío XI en la explosión de nueva vida que éste producía en la Iglesia rejuvenecida eternamente.

Y, a medida que pasa el tiempo, más esta semblanza moral — y aun algo física, que no habíamos sido nosotros los únicos en remarcar — nos acude, y nos conforta.

Porque la escuela del Padre Orlandis, allá en aquellos años inolvidables, sobre todo los primeros, del 1925 al 1930, era, exactamente, la de la enorme y santa revolución que el Papa Ratti, con su vigor de montañero, imprimía en las rutas de la Iglesia. Siempre los timoneles de ésta han sido buenos marineros: pero, en esta ocasión, cuanto las olas se encrespaban ya como montañas, teníamos a un alpinista auténtico que superaba rocas y precipicios, y que, por encima de los abismos,

desde las cumbres, oteaba siempre nuevos panoramas: “... alla scoperta delle trace della Provvidenza!”.

Por el Padre recibíamos, adaptada a nuestra pequeña escala, uno como eco de la formidable gestación que se estaba produciendo en la Iglesia. Era su exquisita miniatura.

¡Cuántas cosas nuevas, sobrenaturalmente chocantes, nos trajo Pío XI!

El hombre del vigor físico, de las energías viriles, comenzó por darnos la mejor lección de sobrenaturalismo. En su elección, el canonizar — precisamente acelerando tantos cánones — a la que debía ser “Estrella de su Pontificado”, Santa Teresa del Niño Jesús, no vio en ella sólo la persona santa, sino, al mismo tiempo, su significación. La devoción a su santidad, no excluyó el símbolo que de ella hizo. En su oración de remembranza, en la conmemoración antes citada presidida por Paulo VI, nos dice el Cardenal Tisserant que, en todo momento, el Papa Ratti daba la impresión humana del fuerte alpinista, prudente y seguro de sí mismo. En su propio andar, recordaba cuando dominaba las puntas del Rosa o del Cervino: “parecía no mover un pie sin asegurarse tener bien firme el otro”. Pues bien: este colosal político, este hombre de mando, nos enseñó la doctrina del abandono más total en manos de la Providencia. Quién no olvidaba el más ínfimo detalle material ni humano (como hacía San Ignacio), luego nos confesaba su absoluta desconfianza a todo cuanto pueden obtener nuestras fuerzas, y su única confianza en Dios.

El hombre de mando, que debía enfrentarse con todas las aberraciones nazistas y comunistas, y que, por tanto, debía parecer un ídolo de partidos políticos fuertes y conservadores, no dudó, sin embargo, en condenar la Acción Francesa. Símbolo de la justa condenación del patriotismo moderno, casi siempre exagerado, y que, expresión de todos los orgullos nacionales, no hace sino provocar guerras y matanzas.

El sutil político, que arregló el problema difícil de la Cuestión romana con elegancia suma en los memorables Pactos de Letrán, hubo, sin embargo, de confesar, y bien gustosamente, ante príncipes y representaciones, por así decir, de la Iglesia, que no creía mucho en la propia obra humana; a pesar de que luego se ha visto cuán grande y clarividente fue aquella solución. Y afirmaba que, en realidad, no veía otra garantía a su propia obra que la que aportase la Providencia. Y con ello acalló muchos — y no injustificados — escrúpulos.

El hombre de visión lejana, que adivinó al fin de los imperios coloniales, precisamente cuando Inglaterra y

Francia estaban en su cenit, y que ellas solas gobernaban casi medio mundo: nos sorprendió con la genial creación del clero indígena, para suplir los egoísmos de muchos elementos misioneros más atentos a propagar a su Patria que a la Iglesia.

Con razón, ha sido presentado por Pablo VI y por el Cardenal Tisserant, como uno de los genios del mando más consumados, no ya de este siglo, sino de toda la historia. Perdónesenos nuestra pedantería, al oír, con satisfacción, tan autorizada opinión que, nosotros en alguna ocasión tímidamente nos habíamos atrevido a expresar. Pío XI, humanamente, no cede a los más geniales estadistas; sus arranques son de la más enérgica autoridad. "Fides intrépida". Hasta los títulos de sus Cartas son imponentes, y denotan su santa reacción e indignación ante el mal: "Non abbiamo bisogno..." "... Mit brennender Sorge...!".

Pues bien: fue este hombre, este político formidable quien al principio de su Pontificado, y como obra suya, sin duda, la más sobrenatural y definitiva, en un mundo que salía de Versalles, de todos los Tratados, ante la implantación primero y triunfo después de todas las democracias, comunismos y subversiones, se enfrenta a todo y contra todo, y proclama al instaurar su Fiesta, ¡la Realeza de Cristo Rey!

¡¡Quiero que Él reine!!

Y, ante este mundo que reniega de Cristo, los unos por ser de izquierda, los otros — aberración nada extraña — precisamente por ser de derecha; ante los dos colosales antiteocráticos por excelencia que iban a enfrentarse — Hitler y Stalin —, ante una humanidad que parecía — como aquella plebe ante el Pretorio —, querer renegar de Cristo, el Papa Ratti, levanta su bandera y proclama: "¡Queremos que Éste reine!" Y el mundo queda con estupor. Y aun los buenos — sobre todo en época de descrédito de las monarquías — se admiran de que el Papa lo proclame de nuevo, ¡y nos recuerde que Cristo el Rey!

Y aquella década del 1920 al 1930 queda señalada en la Historia. Cristo ha sido reivindicado. ¡Cristo, no lo podemos dudar, es Rey!

* * *

Y todo esto vivíamos nosotros en nuestra "miniatura".
¿No era, precisamente, la pequeña escuela del Padre Orlandis, desde Santa Teresa del Niño Jesús, al sobrenaturalismo providencial, a las esperanzas de la Iglesia, a la contemplación de la Historia, y, en fin, a la reivindicación y proclamación de los derechos de Cristo como Rey de todos los mundos, desde los astros hasta los espíritus, el humilde eco, humilde sí, tanto como se quiera, pero ferviente y como ungido, de todo aquel río de nueva vida que nos llegaba del grande Vicario de Dios en la tierra?

Veinticinco años, cincuenta años

Otra vez remarcamos efemérides que, significativamente, se superponen.

Veinticinco años de la muerte de Pío XI. Cincuenta de la de San Pío X. Del Pontífice Santo que da el nombre a esta santa cadena de grandes Píos: Pío X, Pío XI, Pío XII.

Una efeméride no excluye la otra, sino que la complementa.

El cincuentenario de San Pío X coincide, además, con el de la declaración de la primera gran guerra.

No creemos que sea, este último, muy rememorado en España, que se mantuvo entonces al margen del conflicto, y cuyo recuerdo queda ya muy brumoso en la mente de todos, que han olvidado su enorme, su trágica y definitiva trascendencia, mucho mayor, a nuestro juicio, que el de la segunda guerra mundial con ser ésta tan tremenda.

En el extranjero sí vemos lo es, pero también muy limitadamente, y circunscribiéndose, en general, a cuatro tópicos y charangas patrióticas sin otro fruto que el de despertar viejos odios nacionales, con lo que de nuevo se olvidarán las profundas lecciones que aquella gran catástrofe aportó.

Cinco décadas han transcurrido después de Serajevo, de sus trágicos pistoletazos. Y el mundo se ha transformado más desde entonces que en mil años.

En 1914 finalizó la "Belle Epoque". Parecía que la Revolución, al vestirse de frac o de levita, había pactado con las fuerzas naturalistas, no digamos del bien, mas sí de la "bonachería", y existía un feliz equilibrio europeo. Cuán efímero era, se vio claramente, al bastar unos disparos para prender fuego a todo el Continente. Y cayó un mundo, surgiendo el nuevo, el actual, con toda su subversión religiosa, política, social, científica y hasta artística.

Un patriotismo idolátrico sostenía aquel equilibrio, a base de los ejércitos de Hinderburg, Ludendorff, Jofre, Foch o de los buques de Beatty o de Jellicoe. Pero, al poner la Patria encima de Dios y del mal y del bien, con el mismo derecho que los franceses adoraban a su Patria, los alemanes quemaban incienso a la suya, y los ingleses peor aún. Unos ídolos — la Patria es un ídolo, cuando no se somete a Dios y a su Decálogo y se convierte en supremo ideal — que habían de destrozarse unos contra otros. Porque no eran más — con sus llamadas sacrosantas banderas — que la expresión más grosera del materialismo, de los egoísmos nacionales. Y sirvieron, millones de muertos, de peana a aquellas telas.

Europa se destrozó a sí misma. Desaparecieron viejos y venerables imperios, y surgió el monstruo soviético. Tal fue el fruto de aquellas luchas patrióticas. Tal el de la mentalidad ésta que permite llegar a decir hasta a las propias derechas francesas que hay que venerar a Clemenceau, a quién se ha glorificado con la terrible blasfemia de que al fin y al cabo, discutió todo, hasta Dios. Pero a su Patria no.

No lo extrañemos demasiado. ¿No dicen hoy que a Unamuno hay que perdonárselo todo, en definitiva, porque al fin y al cabo también fue un gran español?

Primera guerra. Segunda guerra

Esta primera guerra, jaleada por los nacionalismos, coronada por las injusticias de Versalles, absolutamente absurda, condujo a su vez a la segunda. Más trágica — menos profunda, menos trascendental — que la primera, la segunda guerra ha tenido, por lo menos, una cierta lógica: ser el natural resultado a que lógicamente había conducido el anterior primer absurdo, tal como nos enseña la más elemental filosofía.

Como ha quedado el mundo tras la segunda pugna mundial, está a la vista de todos. ¡Buena ocasión, por tanto, para que estos pobres y menguados pueblos de Francia, Bélgica, Inglaterra o Alemania nos salgan ahora con glorias y grandezas de Verdún, del Camino de las Damas, de Iprés o del Marne! ¡Para llegar a ver a medio mundo bajo la atroz tiranía comunista, y el resto en plena desorientación, se ha levantado una pirámide de más de veinte millones de muertos!

Y, fenómeno extraordinario, sin embargo. En medio de este caos, siguen viéndose designios extraños, extraños para aquel que no sabe de la Providencia; admirables siempre. Algo se otea; algo recordamos de cuanto nos hablaba nuestro Padre Orlandis. Hay, por ejemplo, un pequeño pueblo, insignificante, sobre un desierto, que, contra viento y marea, a los dos mil años, ha renacido, ante las dificultades de los mayores imperios mundiales, y la enemiga de todo el mundo árabe: es Israel...

¡Y en tanto el hombre; esta pobre criatura, deleznable, absurda, loca, en plenos tiempos de decadencia humanística, literaria, artística, social, y de todo... esta marioneta... se apresta a conquistar la Luna, y, quien, sabe, si muy pronto el espacio cósmico entero...!

Este siglo será único y definitivo en la historia...

Fue un día que comentábamos todas estas cosas. Y he aquí, como en otras ocasiones, que nuestro Padre Orlandis se levantó también esta vez, como iluminado, y prorrumpió: “¡Yo os aseguro que se dirá siempre que el siglo xx, nuestro siglo, ha sido el siglo grande de la Historia!”

¿...Cabe aquí extrañarse, por tanto, que, relacionándolo todo, sintamos un estremecimiento cuando nuestro gran Papa actual, Pablo VI, nos dice que la característica

mayor del — digámoslo otra vez — formidable Pío XI, era la de otear, en todo momento, las huellas, luz y guía de la Providencia en todos los acontecimientos, grandes y pequeños...?

Pío X, Pío XI, Pío XII

La escuela del Padre Orlandis, la modesta escuela, que luego llamamos nuestra “Schola”, fue eco y escenario donde oímos resonar la voz de estos grandes Papas, cuyo primer titular ha sido ya elevado oficialmente al honor de los altares.

Juan XXIII, Pablo VI son un nuevo peldaño, un nuevo camino, una nueva gloria y Río cada vez mayor — la Providencia es, no sólo inagotable, sino Fuente siempre creciente —. Mas la escuela propia y personal del Padre debemos enfocarla siempre dentro de la santa esfera de los tres Papas Pío. Nos dejó muy poco antes de la muerte del último.

Época grande, ciertamente, ésta que se extiende desde principios de siglo (cuando aún nuestro Padre era estudiante) hasta 1958, año de su tránsito. Época que nos ha sido dado gustar, y que inicia el santo Pío X con su Comunión frecuente y con sus altas rectificaciones y enseñanzas religiosas, para coronar Pío XII con su labor enciclopédica, total, totalitaria mejor dicho en el sentido de la máxima cristianización de un mundo que proclama hay que recristianizar desde sus cimientos.

Pío X, Pío XI, Pío XII. Siempre, cuando vemos tres figuras santas, se nos acuden las grandes tres virtudes. ¿Fue Pío X la Fe, en este sobrenatural trío? ¿Fue Pío XII, en sus triunfales expansiones, la Caridad? Queremos creerlo, al igual que otras veces hemos apelado a este modo de simbolización. Porque, en este caso, queremos una vez más, colocar a Pío XI dentro de la Esperanza.

La Esperanza, que, como decíamos en un anterior artículo nuestro, es la virtud que pedíamos e impetrábamos de nuestro Elías, de nuestro Padre Orlandis. La Esperanza — precisamente la Esperanza humilde, tipo, osaríamos decir, pura sangre, de Santa Teresa del Niño Jesús y del Padre Ramière —, la virtud esencial de Schola Cordis Jesu y de nuestra Revista CRISTIANDAD. Porque es la virtud y vida para nosotros, para los pobres viadores, que sabemos de antemano que no podremos ver y gozar de “nuestro” triunfo — el de Cristo Rey —, como tampoco pudo verlo y gozarlo el Padre Orlandis. Pero que lo gustamos ya desde ahora, porque *sentimos* que nos ha sido prometido. Y ello debe bastarnos, porque el cielo y la tierra pasarán, pero las promesas de nuestro Rey, del Rey de Pío XI y de la “pequeña escuela” nuestra, éstas no pasarán.

LUIS CREUS VIDAL

El artículo del P. Roberto Cayuela, S. I., que va a continuación, concluye una serie iniciada en diciembre de 1958 (número 334 de *CRISTIANDAD*), dedicada al estudio de la encíclica de Pío XII *Haurietis aquas*.

Nuestra Revista se felicita de haber ofrecido a sus lectores un estudio completo del gran documento Pontificio sobre el culto al Corazón de Jesús. Nos consta, por explícitas manifestaciones, el interés con que se ha seguido el desarrollo de tan debatido tema tratado con la competencia y solidez características del distinguido colaborador que durante tantos años viene honrando sus páginas.

AL CORAZON DE JESUS POR EL CORAZON DE MARIA

(Conclusión de la glosa a la *Haurietis aquas*)

Una Encíclica dedicada, toda ella, a la enseñanza Pontificia de la doctrina y la práctica del Culto al Sagrado Corazón de Jesús, en todos sus aspectos, y con tanta profundidad, amplitud y perfección, no podía terminar sin referirse muy de propósito al Inmaculado Corazón de María y a su Culto; y con más motivo, siendo Encíclica de Pío XII, el que consagró todo el mundo al Corazón Purísimo de la Madre del Redentor Divino, y definió como dogma de fe la gloriosa Asunción de la Virgen María, en cuerpo y alma, a los cielos. Antes, pues, de poner fin a su Encíclica, nos da el Papa con brevedad, pero en términos muy completos, la doctrina y la práctica del Culto al Corazón de María, y nos exhorta a él.

Transcribamos, primeramente, las palabras mismas del Sumo Pontífice; y añadamos el comentario; el cual, aun en su exigüidad y modestia, será muy propio de esta Revista, ya que su venerable fundador e inspirador, el P. Ramón Orlandis, al dejarle en herencia su mismo espíritu, lo hizo señalando a *CRISTIANDAD*, como lema. consigna, bandera y síntesis de cuanto siempre había de ser, este subtítulo: "Al Reino de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María".

Dice Pío XII: "A fin de que la Devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos en la Familia Cristiana y aún en toda la Humanidad, procuren los fieles unir a ella estrechamente la Devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios. Ha sido voluntad de Dios que, en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo; tanto, que nuestra salvación es fruto de la Caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales fueron consociados íntimamente el amor y los dolores de su Madre. Por eso conviene que el pueblo cristiano, que de Jesucristo por medio de María ha recibido la vida

divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido Culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial los correspondientes obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. En armonía con este sapientísimo y suavísimo designio de la Divina Providencia, Nos mismo, con acto solemne, dedicamos y consagramos la Santa Iglesia y el mundo entero al Corazón Inmaculado de la Santísima Virgen María" (Cfr. A.A.S., vol. 34, 1942, pp 345 y ss.).

Para glosar este hermosísimo e inspirado pasaje de la Encíclica, en que se nota palpar el corazón filial de Pío XII hacia la Madre de Dios, recordemos estos dos principios: que el Culto del Sagrado Corazón de Jesús y el del Corazón de la Bienaventurada Virgen María difieren esencialmente el uno del otro; pero están y deben estar siempre íntimamente unidos y conjuntos entre sí.

a) Difieren esencialmente el uno del otro, porque el Corazón de la Santísima Virgen María no es Corazón Divino; y por consiguiente no se le ha de dar culto de adoración; ni tampoco, por lo mismo, es símbolo natural del Amor Divino. Esto es claro, pero convenía recordarlo; y más ahora, cuando no pocos hermanos separados, mayormente protestantes, nos achacan con evidente error y con falsa calumnia, que los católicos adoramos a la Virgen María, su Corazón, sus imágenes. No; es cierto que le tributamos el honor del culto que se llama veneración, y aun de suprema veneración entre todos los Santos, más que a todos ellos, a causa de la sobreeminente dignidad de la Madre de Dios, y de su incomparable santidad superior a la de los más excelsos Ángeles y Santos, y aun de todos ellos juntos.

b) Pero, por otra parte, existe un nexo íntimo entre ambos Sacratísimos Corazones; y esto por un doble título: El primer título es que el Corazón de la Santísima Virgen

María es el Corazón humano que incomparablemente mejor que ninguna creatura, con muchísima más plenitud y perfección que todas ellas, conoció, sintió, amó y experimentó en sí misma el misterio del Amor de Dios, o sea el misterio del mismo Corazón de Jesús. Es que, como Madre del Dios-Hombre, Madre del Salvador, no solamente estuvo unida íntimamente a la vida terrestre de Él, sino que también, disponiéndolo así la Divina Providencia, fue asociada de la manera que Ella, no sólo experimentó dichosamente en sí misma, del modo más singular y excelente, el misterio de Amor y de Misericordia del Divino Salvador, verdadero Hijo suyo, sino que también la vida de Ella debe ser considerada en cierto modo como parte inseparable de aquel gran Misterio. El segundo título es que por positiva voluntad de Cristo se nos ha dado el Corazón de su Santísima Madre como señal y prenda, con la que el género humano, en medio de las acerbas tribulaciones y graves necesidades de estos nuestros tiempos, pueda recibir más fácilmente y abundantemente la gracia y la misericordia divina.

Por esto la Encíclica recomienda el Culto al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María como medio excelente, seguro y providencial, por el que "fluyan más copiosos emolumentos" del Culto al Sagrado Corazón de Jesús para todo el género humano, y de un modo especial para la Santa Iglesia, para nosotros. Y no hay duda de que a estas palabras del Papa se han de aplicar las mismas normas que anteriormente han quedado expuestas de mano maestra por Pío XII sobre la manera de ejercitar el Culto al Sagrado Corazón de Jesús. Esto es, que la Devoción para con el Corazón de la Virgen María la hemos de ejercitar no tan sólo ni principalmente por el afán de adquirir provechos terrenos, ni para atesorar méritos; sino mucho más para que por esta Devoción lleguemos a un más pleno conocimiento del misterio del Corazón de Jesús, y a un más perfecto amor para con la Santísima Trinidad y para con Cristo Nuestro Redentor. Como la Santísima Trinidad y para con Cristo Nuestro Redentor. Como la Santísima Virgen fue la fiel y generosa compañera y socia de su Hijo en la Obra para que con su auxilio e intercesión, pues es llamada "la Omnipotencia suplicante", sea obtenido y realizado en nosotros del modo más perfecto el fin de la misma Redención de Cristo, en unión de María. Y este fin no es otro sino que por Cristo, en unión de María. Y este fin no es otro sino que por Cristo lleguemos al amor perfecto de la Santísima Trinidad, un amor con el que identifiquemos nuestra voluntad con la Divina, en un mismo querer y no querer; un amor que nos haga vivir, ya en la tierra, por la gracia de Cristo, obtenida por el Corazón de María, una participación de la Vida Trinitaria, pre-nuncio y pre-gusto de la del cielo.

Las palabras del Salmo 44, "Toda la gloria de la Hija del Rey procede del interior, y allí reside", la aplican los Santos Padres a María, Madre de Jesús. Y ya sabemos por innumerables testimonios de la Sagrada Escritura, que el interior de una persona, su vida interna, es designada, en frase bíblica, por la palabra

"corazón". En el Corazón, pues, de María, Hija predilecta del Padre Celestial, Madre Inmaculada del Divino Hijo, y Esposa Castísima del Espíritu Santo, reside toda su gloria sobreeminente, todas sus virtudes heroicas, toda su incomparable santidad. El fuego del amor divino abrasó por completo el Corazón de la Virgen, como lo recuerda la Iglesia, cuando en la fiesta del Inmaculado Corazón de María, hace esta ferviente súplica: "Te suplicamos, oh Señor, al ofrecer a tu Majestad el Cordero Inmaculado, que encienda en nuestros corazones aquel fuego divino, que inflamó el Corazón de la Bienaventurada Virgen María" (Misa del 22 de agosto, Oración secreta).

La frase felicísima de San Lucas, expresión de una más feliz realidad en los primeros tiempos de la Iglesia, que todos los cristianos eran "un solo corazón y una sola alma" (Act. Ap., 4, 32), se verificó de la manera más perfecta en Jesús y María; Ellos sí que fueron un solo Corazón y una sola Alma", pues María vivió plenísimamente identificada con su Divino Hijo; con su adorable Persona y con su Obra de Redención. Tuvo Ella, como nadie, la sabiduría de la Cruz, y vivió mejor que nadie, sin comparación ninguna, la santidad de la Cruz. Mas todo en Ella fue cruz del Corazón, dolores acerbísimos de su maternal Corazón.

Fue tan absolutamente perfecta la unión de la Madre Santísima con su Hijo Divino, la identificación del Corazón de María con el de Jesús, que bien pudo decir que Jesucristo, su Hijo, era "su Vida"; y muchísimo mejor aún que San Pablo, pudo asegurar que vivía, mas no Ella, sino que Cristo vivía en Ella.

Mas esta perfectísima identificación fue en la ocultación, en el silencio. Se identificó más que nada con todo lo que en la vida de Jesús fue trabajo diario, penumbra escondida, silencio espiritual y sacrificio tanto más ignorado a los ojos de los hombres cuanto que era sacrificio perenne de su Corazón. Leyendo el Evangelio, nunca encontramos a María en las horas gloriosas y en los triunfos de Jesucristo; así fue preparándose para que en los supremos sacrificios, también del Corazón, pudiese cumplir heroicamente el oficio de Corredentora que Dios le había reservado. Al igual que Jesucristo, es la Mujer de los grandes dolores, y también el modelo del esfuerzo humilde. Después de la muerte de su Hijo, la vida de María toma ya definitivamente, mientras todavía vivió en el destierro de la peregrinación terrestre, el carácter del sacrificio ordinario, constante e ignorado, para la gloria de su Dios; y tan agradable fue al Señor aquella vida de Cruz continua, Cruz de su Corazón, y tan provechosa a la Iglesia, que al cabo de tantos siglos perdura con viva eficacia, dando a las almas cristianas, a las almas santas, como a la gran Santa de Lisieux, el ejemplo de querer pasar su cielo en la tierra "haciendo amar al Amor", concentrándose, como María, en un corazón que va desfalleciendo, y se va deshojando como un rosál, poco a poco, hasta morir de un supremo acto de amor.

Motivos, pues, tenemos grandísimos para tributar incesantemente al Corazón de María el obsequio, el homenaje, el tributo de nuestra más ardiente devoción, que ha

de ser, como nos ha dicho el Papa, devoción de veneración, de alabanza, de acción de gracias, de invocación, de amor, de imitación, para que también los hijos tengan un corazón semejante al de su Madre en la vida sobrenatural de la gracia.

Y bien podemos afirmar, con el gran padre de la restauración Litúrgica de nuestra época, Dom Próspero Gueranger, Abad de Solesmes, gloria de la insigne Orden Benedictina, que “la devoción al Corazón Inmaculado de María es tan antigua como el Cristianismo. El Espíritu Santo nos la enseñó por San Lucas, el Evangelista de la infancia del Salvador: ‘María guardaba todas estas cosas, y las meditaba y contemplaba en su Corazón...; y la Madre de Jesús guardaba todas estas cosas en su Corazón’ (Lc., 2, 19 y 51). Tal es el origen de esta Devoción, que, andando el tiempo, movería a los fieles a dar a María el honor y el amor que se le deben” (El Año Litúrgico, V, pp. 242 y ss.).

“Las perfecciones de este Corazón las han cantado los mayores Doctores de la Iglesia: San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San León, San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, las dos grandes Religiosas Santa Gertrudis y Santa Matilde... Pero en el siglo XVII, San Juan Eudes, padre, doctor y apóstol del Culto al Sagrado Corazón’ (Bula de Canoniz.), antes lo fue del Purísimo Corazón de María; y del dominio de la piedad privada, consiguió introducirlo en la Liturgia Católica.” (Ibíd.)

Si San Bernardo, hablando del Corazón de Jesús, nos dice: “Su Corazón está conmigo; Cristo es mi Cabeza; y ¿cómo no va a ser mío todo lo que pertenece a mi Cabeza? Los ojos de mi cabeza corporal me pertenecen en sentido propio; de igual modo, este Corazón del que es mi Cabeza es mi Corazón; con razón puedo llamarle mío; y decir: yo poseo mi corazón con Jesús” (Viña Mística, c. 3); otro tanto podemos decir del Corazón de María; porque una madre es todo para su hijo; sus bienes, su amor, y hasta su vida le pertenecen; un hijo puede siempre contar con el corazón de su madre. ¡Y todos somos hijos de la Virgen María; hijos propiamente de su caridad, de su Corazón.

De la manera más sencilla, pero enteramente legítima, perfecta y eficaz, ponemos en práctica esta Devoción al Corazón de la Virgen, con el “Ofrecimiento diario” del Apostolado de la Oración: “Divino Corazón de Jesús, por medio del Inmaculado Corazón de María, yo me consagro a Ti...” ¡Cuánto ayuda, aun a las personas de condición modesta, para su vida interior, esta oblación matutina al Divino Corazón del Redentor, por medio del Corazón de María, de todos los pensamientos, obras y trabajo, alegrías y sufrimientos! Es una “teología del todo asequible a las almas, aun a las más sencillas. Entienden muy bien que se puede convertir en oración, y en oración apostólica, y por tanto de inmensos bienes para todos los hombres, el trabajo de sus manos y la solicitud por el pan de cada día y por las mil cosas domésticas, que viene a ser el deber de su estado, impuesto por la Divina Providencia. Entienden que padecen con

Cristo por la salvación de las almas; y así llevan con paz las contrariedades que se les presentan, reprimen la ira y ejercitan la caridad, ya que por la mañana ofrecieron el día entero, por medio del Corazón Inmaculado de María, al Sacratísimo de Jesús. Para todo tienen el ejemplo de María como un modelo más cercano y amabilísimo; ven en el Corazón de María lo que han de ser ellos para con el Corazón de Jesús; y todo para que venga a nosotros *su Reino*. No nos parezca de poca monta la vida interior de esas gentes humildes, que la viven en virtud del Ofrecimiento diario del Apostolado de la Oración.

Pues si hasta en personas sencillas se ven, porque se dan de hecho, tales frutos, ¿cuáles no se podrán cosechar de la pureza de intención y de la unión virtual con Dios, en almas aún más cultivadas espiritualmente, con esta “oblación”, nunca bastantemente alabada, con la que nos unimos a las intenciones divinas con que el Corazón de Jesús se ofrece constantemente al Padre en su Sacrificio del Altar, donde está también espiritualmente presente la Virgen con su Corazón Maternal, como en el Calvario al pie de la Cruz? ¿No viene este precioso y santo ofrecimiento a simplificar de un modo admirable, y con gran eficacia, toda nuestra vida de oración, de trabajo, de sufrimiento y de alegría, aun en medio de las ocupaciones externas y ordinarias? ¿No cumplimos plenamente la ley, que se resume en la ley de la caridad para con Dios y para con el prójimo, ofreciéndolo todo, de la mañana a la noche, siempre con la misma intención, y por medio del Corazón Inmaculado de María, para que todo le sea más acepto al de Jesús, y más fecundo, como manantial riquísimo, en bienes inmensos para toda la Iglesia y toda la familia humana?

Final de la Exhortación, y conclusión de toda la Encíclica.

Ya que Pío XII la dio a toda la Iglesia, con ocasión de celebrarse en el año 1956, el centenario de la extensión de la Fiesta del Sagrado Corazón a todo el Orbe Católico, quiso poner fin a ella recordando aquella feliz fecha, y exhortando a celebrar dignamente aquel centenario. Dice así: “Cumpliéndose felizmente este año, como antes indicamos, el primer siglo de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en toda la Iglesia, por Nuestro Predecesor Pío IX, de santa memoria, es vivo deseo Nuestro, venerables Hermanos, que el pueblo cristiano celebre en todas partes este Centenario con actos públicos de adoración, de acción de gracias, y de reparación, al Corazón Divino de Jesús...”

Y como esto último era para aquel año 1956, y el intento del Papa era que su Encíclica fuese de fruto perenne para lo sucesivo, añade, como no podía menos de hacerlo, las siguientes palabras, a manera de conclusión de la parte exhortatoria de la Encíclica, y de toda ella: “Entretanto, animados de dulce esperanza, y presagiando ya los frutos espirituales que han de redundar copiosamente en la Iglesia, de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús, si ésta, según hemos explicado, se entiende rectamente y se practica con fervor, suplicamos a Dios que, con el poderoso auxilio de su gracia, quiera colmar estos

Nuestros vivos deseos, y hacer que, con la ayuda divina, las celebraciones de este año aumenten cada vez más la Devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús; y así se extienda más por todo el mundo su imperio y reino suavísimo; ese reino que es "reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz" (Prefacio de la Misa del Sagrado Corazón)."

Ya no quedaba sino dar la Bendición Apostólica, final santo de todas las Encíclicas Pontificias. En este caso lo hace el Papa de una manera especial, acomodada a lo que ha sido asunto de su Carta, y de gran consuelo para cuantos oyendo sus palabras, las ponen por obra: "Como presagio de estos dones celestiales, os impartimos de todo corazón la Bendición Apostólica, tanto a vosotros personalmente, venerables Hermanos, como al Clero y a todos los fieles encomendados a vuestra solicitud pastoral, y en especial a aquellos que de propósito fomentan y promueven la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús. En Roma, junto a San Pedro, el 15 de mayo de 1956, año décimo octavo de Nuestro Pontificado. Pío Papa XII."

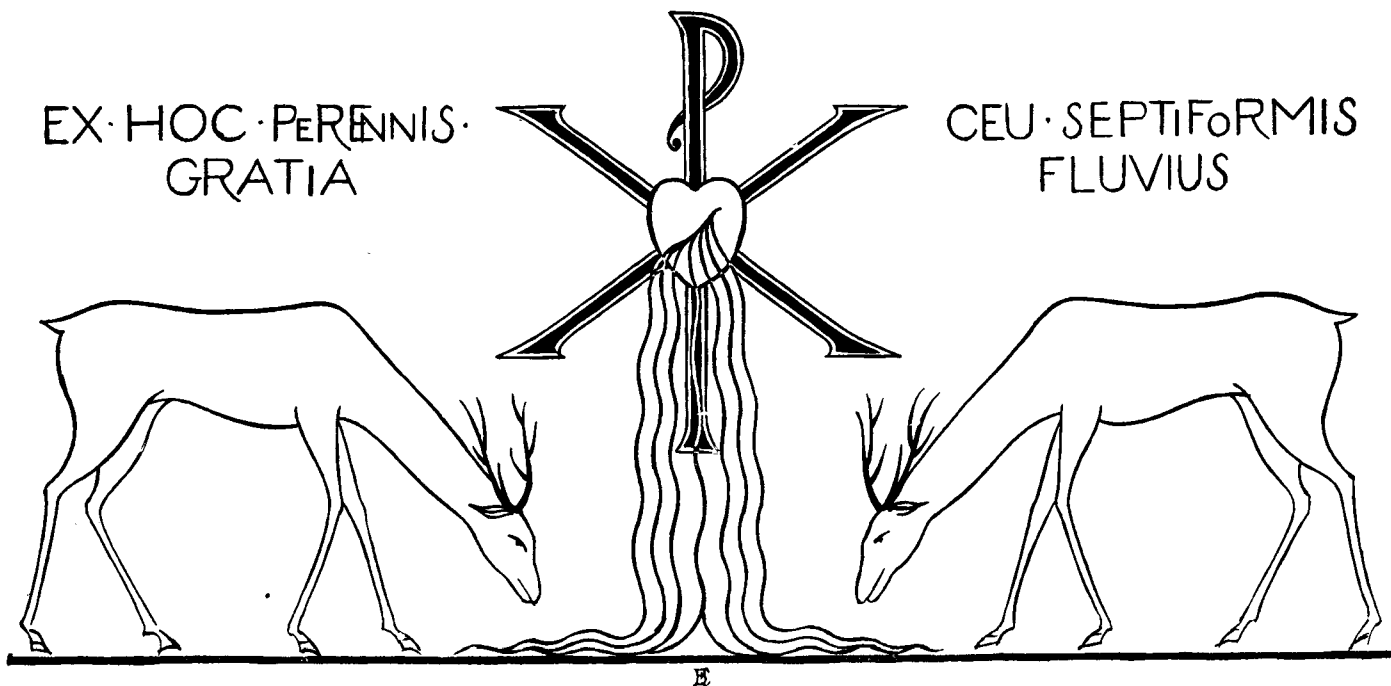
Esta Bendición, por el alcance de sus últimas palabras, y ya que en la mente del Papa no estuvo ceñida a aquel momento histórico, sino para cuantos en los tiempos adelante fomentasen y promoviesen la gran Devoción, nos toca de lleno a nosotros; y de seguro nos la confirma desde el cielo el alma bienaventurada de Pío XII.

Mientras la recibimos con ánimo agradecido y esperanzado, repitamos la ferviente plegaria de un Monje Cartujo, autor anónimo de fines del siglo xv:

"Rey Jesús, Salvador de los fieles, que quisisteis fuese abierto vuestro Costado por la punta de una lanza cruel: yo os suplico humilde y ardientemente me abráis las puertas de vuestra misericordia, y me concedáis entrar por la ancha abertura de vuestro adorable y santísimo Costado hasta el interior de vuestro Corazón, infinitamente amable; de suerte que mi corazón quede unido a vuestro Corazón con un lazo indisoluble de amor. Herid mi corazón con vuestro amor *traspasad* mi corazón; y quede mi corazón abierto a Vos solo, y cerrado al mundo y al demonio."

Y aún podemos añadir, finalmente, con la Santa Madre Iglesia: "Corazón de Jesús, que estás ardiendo en Amor a nosotros: inflama nuestro corazón en amor a Ti". En esta breve y preciosa oración jaculatoria, que es como su nombre significa (*jaculum* quiere decir dardo o saeta), una saeta encendida de amor, dirigida confiadamente al Corazón de Jesús, tenemos, en su primera parte, el *objeto* de nuestro *Culto* al Sagrado Corazón de Nuestro amantísimo Redentor; y en la segunda, la *esencia* y la *práctica* de nuestra *Devoción* al mismo Corazón Sacratísimo; resumen, por lo tanto, de lo que nos ha enseñado con tan sólida doctrina y tan inspirada unción la inmortal Encíclica.

ROBERTO CAYUELA, S. I.



SOBRE LA «PILDORA»

En una entrevista publicada el 3 de junio de 1964 en la revista italiana "VITA", el Cardenal Octaviani, Secretario del Santo Oficio y Presidente de la Comisión Doctrinal del Concilio Vaticano II dio las siguientes respuestas a las preguntas que se le formularon.

y es necesario especialmente en materias de doctrina que se mantenga la unidad de pensamiento y de actitud. Es por esto principalmente por lo que el supremo magisterio debe pronunciarse en tales problemas graves y debatidos, que no deberían ser deja-

EL GRAVE PROBLEMA MORAL

«El problema, todos hablan de él, es el del llamado control de la natalidad; es decir, el aumento de las poblaciones, por un lado, y de la moralidad familiar, por otro. Problema grave en extremo, afecta a las fuentes de la vida humana; afecta a los sentimientos e intereses más íntimos de la experiencia del hombre y de la mujer. Problema en extremo complejo y delicado. La Iglesia reconoce sus aspectos múltiples, es decir, sus múltiples competencias, entre las cuales ciertamente campea la de los cónyuges, la de su libertad, la de su conciencia, la de su amor, la de su deber. Pero la Iglesia debe afirmar también la suya, la de la Ley de Dios, por ella interpretada, enseñada, favorecida y defendida; y la Iglesia tendrá que proclamar esta ley de Dios a la luz de las verdades científicas, sociales, psicológicas, que en estos últimos tiempos han difundido nuevos y amplios estudios. Será preciso considerar atentamente este desarrollo, tanto teórico como práctico del problema. Es lo que está realizando precisamente la Iglesia. El problema está sometido a un estudio lo más extenso y profundo posible; es decir, lo más grave y honrado, como conviene a materia de tanta importancia.

Está sometido a un estudio, decimos, que esperamos prontamente concluir con la colaboración de muchos insignes estudiosos. Daremos pronto sus conclusiones en la forma más adecuada al objeto tratado y al fin que se trata de conseguir. Pero digamos, entre tanto, con franqueza, que todavía no tenemos motivos suficientes para creer superadas y, por tanto, no obligatorias las normas establecidas por el Papa Pío XII a este respecto; han de tenerse, por tanto, como válidas, al menos hasta que no nos creamos en conciencia obligados a modificarlas. En tema de tanta gravedad es conveniente que los católicos sigan una única ley, la que la Iglesia autorizadamente propone; creemos oportuno recomendar que nadie se arrogue el derecho a pronunciarse en términos distintos a las normas vigentes.»

(Alocución de S. S. Pablo VI al Sacro Colegio, en el 23 de junio de 1964.)

¿A la vista de las afirmaciones del Cardenal Suenens y del Arzobispo Heenan sobre la que es llamada en Estados Unidos "la píldora católica", quisiera S. E. exponer su pensamiento sobre un problema moral que ha levantado tan fuertes discusiones?

La Santa Sede no gusta generalmente de que ésta o aquella autoridad local exprese sus puntos de vista doctrinales en cuestiones disputadas que exigen más bien una directiva emanada desde el centro: pueden surgir así diferencias de opinión y disputas,

dos a la opinión de cada uno, aunque se trate de un obispo o de un cardenal. Por esto los que tienen algo que decir sobre la materia harían bien si comunicasen sus puntos de vista a la Santa Sede para que ésta llegue a tener a su disposición todos los datos importantes de orden jurídico, médico, moral, etc.

¿Pensaría S. E. que el incesante aumento de la población es un factor social y económico que podría hacer lícito el uso de preparados de este tipo, así como Pío XII declaró lícito el método de Ogino-Knaus?

Una cosa es el método de Ogino-Knaus y otra distinta las modernas "píldoras". El método de Ogino-Knaus puede ser usado cuando se da motivo suficiente — por enfermedad o por dificultades económicas — porque no es contrario a la esencia del acto generador y procede según la ley natural y divina. Las "píldoras", por el contrario, obran directamente para impedir el curso del acto conyugal: esto es diferente de la abstención por motivos graves durante el período en que se da la mayor probabilidad de la concepción.

Piensan algunos que el apartamiento de la Iglesia y en particular de los Sacramentos es debido en gran parte a la rigidez de la doctrina católica sobre el control de la natalidad. ¿Piensa S. E. que el consentimiento por parte de la Iglesia al uso de la píldora podría favorecer un resurgir de la vida religiosa?

Lo que realmente favorecería sería un hedonismo.

Se ha dicho que la cuestión se trata en el esquema 17.º: "Sobre la presencia de la Iglesia en el mundo moderno". ¿Será, pues, examinado y resuelto por el Concilio?

Indudablemente es ésta una cuestión que deberá ser estudiada, sea por las conferencias episcopales sea por el Concilio si aquéllas no han llegado a aclararla definitivamente. Las personas particulares deberían abstenerse de tomar posiciones y de crear confusiones antes de que el problema sea examinado por las autoridades competentes. Sólo quiero añadir una cosa: la Iglesia ha hablado claramente por medio de las encíclicas Pontificias, algunas todavía recientes. Tenemos orientaciones doctrinales: frente a los grandes principios fundados sobre la ley natural no puede haber razón que justifique un intento de cambio porque la población esté ahora creciendo o porque existan problemas económicos. Muchos muestran escepticismo cuando hablamos de nuestra confianza en la Providencia, cuando proclamamos que Dios rige y gobierna el mundo. Nosotros, por el contrario, tenemos fe y no ponemos en duda lo que la Iglesia enseña acerca del gobierno del mundo por el Todopoderoso.

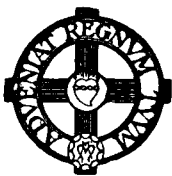
ACLARACIÓN

La anterior entrevista fue interpretada por algunos periódicos como una desautorización de lo declarado por la Jerarquía de Inglaterra y Gales en su documento del 7 de mayo (1). El arzobispo Heenan llamó la atención de la Santa Sede sobre la impresión desconcertante creada por las noticias dadas en torno a las palabras del Cardenal Octaviani y pidió al Cardenal que aclarase su pensamiento en forma que no pareciese que el Santo Oficio ponía en duda el derecho de la Jerarquía a orientar al clero y a los fieles; requirió además al Cardenal que pusiese en claro el hecho de que la enseñanza de la Jerarquía inglesa estaba en completo acuerdo con la Santa Sede. He aquí textualmente la respuesta dada por el Cardenal Octaviani al Arzobispo Heenan:

"Quiero agradecer a S. E. la oportunidad que me da para aclarar mi punto de vista. Me sorprendió el que la entrevista que sobre el control de natalidad concedí a un periodista italiano fuese tan desacertadamente interpretada por la prensa de la Gran Bretaña. Cuando formulé mi declaración no intentaba otra cosa sino subrayar el deber de permanecer fieles en la defensa de la doctrina tradicional de la Iglesia sobre los problemas morales. Aproveché la oportunidad para destacar el peligro de divulgar nuevas teorías que propagan opiniones nuevas e infundadas. Pero esto no tenía relación ninguna con la Jerarquía de Inglaterra y Gales. Estaba lejos de mi mente e intención el referirme a un documento que dicha Jerarquía había publicado para aclarar una situación en puntos que habían llegado a ser tema de discusión en su país. Suscribo plenamente el principio que orientó vuestra declaración: "faltaríamos a nuestro deber de pastores de almas si permaneciésemos callados cuando tantas voces se levantan para llevar a nuestro pueblo fuera del camino recto". Quiero añadir que no me hubiese atrevido a criticar una enseñanza hecha en plena conformidad con la doctrina de la Iglesia. Por el contrario intentaba dirigir una advertencia a los que adelantan nuevas teorías sobre cuestiones en que hay que esperar todavía la orientación del supremo magisterio de la Iglesia.

(The Tablet, 20 junio 1964)

(1) Véase CRISTIANDAD, núm. 399, pág. 122.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Agosto - 1964

GENERAL: Que en las actuales condiciones públicas, todos los pueblos encuentren el fundamento de un fecundo y pacífico progreso en el recto orden moral y en la doctrina social de la Iglesia.
MISIONAL: Que el clero misional adornado de las convenientes cualidades esté a la altura de las necesidades espirituales de los fieles.

Septiembre - 1964

GENERAL: Que en medio de las comodidades de la civilización actual, el espíritu cristiano no se debilite.
MISIONAL: Por un número suficiente y creciente de catequistas bien formados y convenientemente alimentados,

SENTIDO Y ALCANCE DE LA OBRA DE TEILHARD DE CHARDIN, SEGUN SUS CRITICOS (*)

I. La pregunta que se nos ha dirigido.

Varias veces los asistentes a los cursos de nuestro Instituto Filosófico nos han dirigido una pregunta: ¿qué razones alegan los autores que han escrito poniendo graves reparos a las obras de Teilhard de Chardin?

Es muy comprensible que nos dirigiesen esta pregunta, porque no es fácil para cada uno obtener una información abundante. Con todo, sin tener esta información es difícil que se pueda emitir un juicio prudente a base de conocer solamente las interpretaciones laudatorias.

El fin que pretenden estas páginas no es, pues, hacer un estudio directo sobre los escritos mismos de Teilhard, sino sobre los que han escrito acerca de él, a fin de hacer como un resumen de los principales motivos que han alegado aquellos que le han opuesto objeciones a fin de conocer cuáles son.

Naturalmente, este compendio no pretende ser exhaustivo, porque es tanto y son tantos los que han escrito en este sentido, que nuestro trabajo fácilmente rebasaría el espacio de que disponemos para convertirse en un libro. Puede no obstante dar a conocer las principales objeciones que se han opuesto a las teorías de Teilhard. A estas objeciones habrían de dirigirse los que lo defienden, si quieren que su defensa sea objetiva, no un mero panegírico. Para facilitarles su trabajo, y el de quienes deseen poseer una información que todavía no posean, se dirigen las presentes páginas.

II. Ciencia biológica.

La primera objeción que se ha dirigido contra las teorías de Teilhard, viene del campo de la misma ciencia biológica en que Teilhard se apoya, para ampliar el evolucionismo a todo el Universo.

Escribió sobre esto muy bien en la prestigiosa revista alemana *Stimmen der Zeit*, Wolfgang Kuhn (1). Suyas son las siguientes palabras: "La obra de Teilhard — es preciso decirlo de una vez con toda claridad — no es una fenomenología, sino Metafísica, por lo menos en el sentido de que trata de cosas que están *sobre* y *más allá* de toda Física, de todo lo perceptible y fotografiable" (2). Puede sin duda, un especialista rebasar los límites de su especialidad y entrar en zonas ulteriores, como serían

tratar de la enseñanza de San Pablo sobre Cristo, pero por ello Karisch, añade Kuhn, pone el acento en que "Teilhard mezcla la descripción y sentido científico-natural con los asertos previos de la filosofía y con sus intuiciones proféticas" (3). Puede sin duda, un científico rebasar los límites de su especialidad, pero no es un modo claro de rebasarlos que por una parte afirme y pretenda hacer sólo trabajo científico-natural y por otra lo mezcle con afirmaciones metafísicas, en particular ontológicas: "esto es especialmente manifiesto si presenta sus intuiciones proféticas del futuro como conclusiones científicas" (4). "Las discusiones sobre problemas científico-naturales pueden conducirse solamente aplicando conceptos claramente definidos. Pero uno no puede evitarle a Teilhard la objeción de que precisamente en esto falla. Sus conceptos filosóficos (por ejemplo, "ultra-físicos") y científico-naturales (energía, instinto) con frecuencia son conceptos enervados y por lo menos equívocos (Karisch). Opina Rabut a este propósito: si uno lo lee por segunda vez, no está seguro de haber comprendido con precisión sus exposiciones" (5). Pero cuán peligroso sea este proceder se ve por ejemplo por el libro de Ignacio Lepp, titulado *La nueva tierra*, en el cual, llevado por el entusiasmo de quien no es científico-naturalista, llama a Teilhard, el Agustín, el Tomás de Aquino de nuestro tiempo (6).

No nos es posible seguir aquí paso a paso el desarrollo del interesante estudio de W. Kuhn. Para tener una idea sumaria de él nos bastaría citar los títulos de los apartados en que cifra su dura y acertada crítica de Teilhard: el epígrafe "Materia y Espíritu" va seguido de varias páginas en que lo califica como seguidor de un monismo evolucionístico por su concepción de un espíritu preconcebido en la materia y formado por evolución de la misma; "La relación de materia y vida desde el punto de vista científico-natural" es otro epígrafe, el de las páginas en que observa que Teilhard hallaba la vida a través de los restos petrificados o fosilizados, no en su complejidad viviente, y por ello "con la comprobación científica, así lo recalca Brunner, una tal doctrina no tiene nada que ver" (7) si quiere extender las conclusiones ha de demostrar la legitimidad de su método; entretanto "lo

(3) Ku 347. Cita al siguiente autor: KARISCH, R.: *Teilhard de Chardin*. Essen 1962, pág. 49.

(4) Ku 348. Cita a PORTMANN, A.: *Der Pfeil des Humanen*. Freiburg 1960, pág. 45.

(5) Ku 348.

(6) Ku 348. Cita a LEPP, I.: *Die neue Erde. Teilhard und der Christ in der Welt*. Freiburg 1962, pág. 87-91.

(7) Ku 354. Cita a BRUNNER, A.: *Pierre Teilhard de Chardin*. *Stimmen der Zeit* 165 (1959-1960) 219.

* Reproducido del núm. 49 de "Espíritu".

(1) KUHN, Wolfgang: *Teilhard de Chardin und die Biologie*. *Stimmen der Zeit* 172 (1963) 346-363. — En adelante citaremos este escrito con la sigla Ku.

(2) Ku 347.

que pertenece a la competencia del científico-naturalista es que la materia no posee nada *previo*, ninguna vida, ningún espíritu en forma rudimentaria y que nunca puede ser causa de una evolución o hasta de lo espiritual y partiendo solamente sobre el fundamento de la posibilidad de sus reacciones químicas o físicas" (8); "Paralelismo con el materialismo dialéctico" es el epígrafe en el cual Kuhn considera la semejanza de su posición con la del marxismo y observa que "confusión de espíritu" traen las insuficientes definiciones de Teilhard, como se ve en el libro de Paul Chauchard, *Ciencia natural y Catholicismo*, pues "el materialismo de un Teilhard de Chardin (así se afirma allí) intenta la reconciliación entre la ciencia natural y dogma" (9), entendiendo por "ciencia natural", el positivismo, que por otro lado equipara manifiestamente al materialismo dialéctico (10), pero si quiere superar un espiritualismo unilateral se clasifica en un no menos unilateral materialismo, como el enlace Hegel-Marx ha mostrado; el epígrafe "Evolución y Eugenesia" señala que no sólo hay quiebras por el lado de un materialismo dialéctico, sino también por su concepción evolutiva del mismo hombre, en su cuerpo y en su cerebro: "el evolucionismo como actitud filosófica va enlazado con el materialismo dialéctico, con el materialismo mecanicístico y con la obra de Teilhard, por cuanto en cada caso es elevado a la pretensión de visión científica del futuro" (11), pero por lo mismo, añade Kuhn, "con la ciencia natural esto no tiene nada que ver, y se trata más bien de una *Weltanschauung* [o ideario, o mentalidad] (Karisch)" (12). Sigue el epígrafe "¿Ciencia natural o metafísica?", cuyo contenido no es preciso exponer porque después de lo dicho ya lo adivina fácilmente el lector y finalmente termina W. Kuhn su interesante estudio con una "perspectiva final" en que hace notar que Wildiers observa que el peligro de Teilhard radica en que su pensamiento aplica términos y conceptos de la teoría evolucionística precipitadamente y sin crítica, a terrenos metafísicos y teológicos, movido en el fondo por su personal metafísica y religión, lo cual entraña el peligro de que el seglar no especialista, al descubrir la insuficiencia de sus extrapolaciones, extrapole también en sentido contrario su desconfianza o su desengaño. No es cometido del científico naturalista demostrar la existencia de Dios o de la libertad, sino abrir el camino que hace algún tiempo estaba cerrado por la biología materialista: "Ellos pueden mostrar, y ya lo han hecho, que no hay ninguna oposición entre conocimiento científico-natural y Fe en un Creador todopoderoso, sin abandonar el terreno de los asertos científicamente exactos, pero sin encapricharse por vagas especulaciones" (13); "más que en otras disciplinas vale en la ciencia natural la exigen-

cia de un pensamiento sobrio, esmerado, que se debe mantener acertadamente en la zona de los datos, y que se guarde bien del inesperado confusionismo de conceptos y de las extrapolaciones" (14).

Si podía esperarse tal crítica de las ponderadas páginas de *Stimmen der Zeit*, quizá no todos habrían creído hallar una crítica contra las concepciones teilhardianas partiendo desde el punto de vista biológico, en una revista de "gran mundo", como es *Le monde et la Vie*. Sin embargo, ahí salió un largo artículo de Andrés Fiévet, que formaba parte de una obra colectiva publicada en la Editorial Charles Dessart (2 Galerie des Princes, Bruxelles) titulada *Face à Teilhard de Chardin*, y que se reproduce aquí.

Fiévet emplea los datos que le suministra el libro de Louis Bounoure (15) para atacar la excesiva confianza con que algunos suponen firmemente demostradas las doctrinas de la evolución, que forman precisamente la espina dorsal de todo el teilhardismo: "Se nos presenta con frecuencia el ejemplo de los équidos fósiles. Se trata de una serie evolutiva de la era terciaria que empieza por un mamífero de cinco dedos y que nos conduce poco a poco — ¡se dice! — por consecuencia de sucesivas reducciones de los dedos, al caballo actual, de un solo dedo. Este hecho es interesante, pues nos relatan los hechos muy hábilmenet y con respeto a una cierta lógica. Por desgracia, también aquí los fósiles son presentados intencionalmente, seleccionados en función de su utilidad; y como la demostración se encuentra así con un fallo en su misma base, es preciso cambiar de opinión. Charles Depéret ha mostrado especialmente que la observación geológica establece de una manera formal que ningún paso gradual ha existido entre estos géneros: el último *Palaeotherium* se había etinguido hacía mucho tiempo — *sin transformarse* —, cuando apareció el primer *Anchitherium*, y este último a su vez había desaparecido *sin modificación*, antes de ser bruscamente reemplazado por la invasión de los *Hipparion* (Charles Depéret, *Les Transformations du monde animal*, pág. 107). La pretendida filiación es, pues, pura ilusión" (16).

También aduce Fiévet el hecho de que no hallan fósiles que sean los "puntos de enlace" o "eslabones" entre extremos que creen proceden por evolución. A la respuesta de Teilhard de que siendo deícados, habría que suponer que desaparecieron sin dejar vestigios, replica: "Tal es el poder de la magia transformista: se explica históricamente por qué los testigos *inventados* (que serían muy útiles) no se encuentran, ¡y se toma la precaución de explicar también por qué no se encontrarán nunca! Como ya se ve, caemos en el folklore" (17).

(14) Ku *ibid.*

(15) BOUNOURE, L.: *Déterminisme et Finalité*. Paris (Flammarion) 1957.

(16) FIÉVET, André: *Et si Teilhard de Chardin n'était qu'un auteur de science-fiction?* Le Monde et la Vie (49 avenue d'Iéna, Paris 16) n.º 120, mayo 1963, págs. 65-67. El texto citado está en la página 66, columna 1-2. En adelante citaremos este escrito con la sigla Fi.

(17) Fi 66, col. 2.

(8) Ku 354-355.

(9) Ku 357.

(10) Ku 358. Cita a CHAUCHARD, P.: *Naturwissenschaft und Katholizismus*. Freiburg 1962, pág. 65.

(11) Ku 359.

(12) Ku *ibid.*

(13) Ku 363.

Otra razón aduce Fiévet: el párrafo de Teilhard que termina diciendo: "Los psiquismos superiores exigen físicamente cerebros grandes", a lo cual replica Fiévet explicando unos casos maravillosos del psiquismo de las abejas, casos por lo demás ya bien conocidos, pues son los movimientos o danza que realiza la abeja para hablar con otras comunicándoles que se encuentra alimento, dónde, en qué dirección y a qué distancia; y esto a pesar de que el cerebro de las abejas no es grande, sino muy pequeño: "pues en fin, si su afirmación materialista fuese exacta, sería entonces preciso explicar por qué la abeja se sitúa entre el hombre y el gran simio" (18). No importa, añade en nota, que se corrija la opinión de Teilhard diciendo que se trata del valor relativo del peso del cerebro respecto del del cuerpo, pues "el hombre tiene un gramo de substancia cerebral para 44 gramos de substancia corporal; los evolucionistas materialistas se regocijarán desde luego, al comprobar que la ballena — en cuya mirada se percibe mal la llama del genio —, tiene un gramo de substancia cerebral por 8.500 gramos de substancia corporal... Pero sucede que los *Marmousets*, pequeños monos de América del Sur, tienen un gramo de substancia cerebral por 2 gramos de substancia corporal, y el mono capuchino, también de América del Sur, un gramo por 17,5 gramos" (Jean Piveteau, profesor en la Sorbona: *Le caractère relationnel de la spéciation humaine*, en la obra *L'évolution humaine*, Flammarion, Bibliothèque de Philosophie scientifique). Hasta comparando los valores relativos, tenemos, pues, derecho de preguntar a los evolucionistas del tipo de Teilhard, por qué el *Marmouset* no tiene más genio que un Einstein cualquiera, el cual debería hallarse bien incómodo en su postura que tiene la relación de uno por 44" (19).

Son curiosas las citas que aduce Fiévet. Una de ellas es de un ateo. Dice así este texto de Fiévet: "Cuanto más admirable es la posición de un Jean Rostand, el cual reconoce las incoherencias de la teoría transformista: 'El mundo postulado por el transformismo es un mundo de hadas, fantasmagórico, surrealista... Corremos peligro de olvidarlo un poco, a fuerza de contar la historia de la vida como si la hubiéramos presenciado, y a fuerza de describir con muchos pormenores las incidencias del pie del caballo o de los molares del elefante'" (Jean Rostand, *Le Figaro littéraire*, 20-IV-1957). Este sabio íntegro añade que él cree en el evolucionismo porque para él, ateo, no hay otra salida. Pero precisa bien que se trata entonces de un acto de fe y no de un acto científico. Acto de fe del cual él no puede prescindir, pero que el padre Teilhard de Chardin podía evitar: "Creo firmemente, añade Rostand (porque no veo cómo poder arreglarme para no hacerlo de esta manera), que los mamíferos han venido de los lagartos, y los lagartos de los peces, pero cuando afirmo, cuando pienso en semejantes cosas, intento no desconocer cuál es su indigesta enormidad y prefiero dejar en la vaguedad el ori-

gen de estas escandalosas metamorfosis antes que añadir a su inverosimilitud la de una interpretación de burla". He ahí admirables precauciones que Teilhard de Chardin ha tenido el cuidado de no tomar: por lo demás no podía hacerlo sin echar en la nada su épica empresa" (20). "En fin, hagamos resaltar todavía su flirteo constante con el materialismo. Que un sacerdote pase el tiempo escribiendo que «la terre est probablement née d'une chance» (azar) (*Le phénomène humain*, pág. 73) cuando ninguna base científica sostiene esta hipótesis y cuando estamos acostumbrados a considerar que Dios es precisamente lo contrario al azar, es propiamente inadmisibles. Hasta si cree en el transformismo y en la nebulosa primitiva, de que habría salido el mundo, un cristiano no tiene derecho a hablar del azar en esta materia. Pues si el mundo ha sido creado por evolución, esta evolución ha sido querida por Dios. No es, pues, producto del azar" (21).

Es sumamente curioso el testimonio que Fiévet aduce ¡de un masón! Cita la revista masónica *Le Symbolisme* (cuya reproducción fotográfica tengo ante mis ojos mientras escribo estas líneas), la cual en su número 356 (abril-junio de 1962), página 280, recensiona una obra de Teilhard titulada *Hymne de l'Univers*. Fiévet cita sólo un párrafo de esta revista masónica; yo transcribiré dos, que traducidos del francés, dicen así: "No creo que los teólogos reconozcan fácilmente al P. Teilhard de Chardin como a uno de los suyos. Pero es cierto que todos los masones *bien conocedores de su Arte* lo saludarán como a su hermano en espíritu y en verdad. La Materia es la carne de Cristo, y el hombre no puede volver a Dios más que atravesando la Materia, santificando la Materia. Éste es el programa de los antiguos compañeros operativos. Sepamos reconocerlo, y alabarlos, dondequiera que lo encontremos, y que nuestro fervor afectuoso rodee el pensamiento del padre Teilhard, que ha reencontrado la forma cristiana original del pensamiento religioso..."

Si dejamos ya a un lado el artículo de Fiévet, con su aspecto un tanto vulgarizador, podremos en cambio fijarnos en el estudio publicado en una revista de investigación, debido a la pluma del franciscano Celestino Solaguren, en el cual también se insiste bastante (aunque no únicamente en este aspecto) en el fallo precisamente del aspecto científico-biológico en que se apoya toda la construcción teilhardiana (22).

Veamos sólo algunos de sus párrafos: "La ciencia de Teilhard estudia, pues, todos los fenómenos bajo el signo de unidad de la *evolución*. En esto consistiría la novedad de la ciencia teilhardiana. Con esto comprendemos por qué llama Teilhard *Física* a su ciencia; pues, te-

(20) FI 67, col. 1.

(21) FI 67, col. 2.

(22) SOLAGUREN, Celestino, OFM: *Ciencia, método y presupuestos en el pensamiento de Teilhard de Chardin*. Verdad y Vida (Madrid) 20 (1962) 509-531. En adelante citaremos este escrito con la sigla So. — Estando ya en prensa estas páginas, ha publicado el mismo autor un estudio muy interesante, que refuerza y complementa el anterior: *En torno a la "peligrosidad" de Teilhard de Chardin*. Verdad y Vida 21 (1963) 323-355.

(18) FI 66, col. 3.

(19) FI 66-67.

niendo en cuenta el estudio etimológico e histórico de este término, según lo hemos recordado, resulta el más apropiado para denominarla. Esto nos explica también por qué la Física de Teilhard se elabora con categorías *biológicas*, pues la evolución entraña conceptualmente una actividad vital. Prescindiendo de juzgar la posibilidad y la legitimidad de una ciencia estructurada con este punto de vista, anotemos tan sólo que también así encontramos en Teilhard la desproporción a que aludíamos antes, entre la ciencia fenoménica y la concepción ultrafenoménica. En efecto, aunque se abatan las barreras que separan las diversas clases de fenómenos, éstos siguen siendo nada más que fenómenos, no cambian de naturaleza, y no pueden darnos lo que trasciende al fenómeno; aunque se amplía el campo del fenómeno, considerando bajo este aspecto realidades no consideradas habitualmente bajo este punto de vista, si la consideración es leal y no ficticia, tampoco pueden darnos más que el fenómeno. La nueva ciencia de Teilhard, o la novedad por él introducida en la ciencia, queda, pues, encerrada en el nivel de la ciencia y no tiene acceso a los niveles filosófico y teológico. En definitiva, esta *ciencia* o *Física biológica de la evolución*, o no alcanza la integridad de la concepción, o no obtiene la unidad lógica de la ciencia". No puede expresarse con más acierto, con más seriedad y fuerza lógica.

Es decir, en vez de ciencia hay meras analogías: "Teilhard no prueba que toda realidad sea biológica, sino que dando esto por supuesto, trata de introducirla en el molde biológico. Teilhard *hace de la vida una función universal de orden cósmico* (El Fenómeno humano, en el resumen), y se basa para ello en meras analogías entre la actividad biológica y las diversas clases de actividades que encuentra en el cosmos; pero estas analogías no pueden decidir nada, si no se supone previamente el carácter biológico de toda realidad" (24).

Terminemos citando algunos párrafos de la Conclusión de este tan interesante estudio: "Los presupuestos filosóficos son una pseudo-filosofía, pues son perspectivas científicas parciales erigidas en afirmaciones filosó-

ficas absolutas. La gran ausente del pensamiento de Teilhard es la filosofía, y en su lugar se halla una pseudo-filosofía científica, admitida gratuita y antimetódicamente. Por razón de esta pseudo-filosofía se da en Teilhard un lamentable confusionismo: a) Conceptos tomados de la ciencia se aplican a realidades filosóficas y teológicas y resultan ambiguos, si no falsos. Por ejemplo, el concepto de creación; b) La exclusión simplemente metódica de la consideración filosófica de las diferencias entitativas, perfectamente lícita, aparece a veces como una negación real de esas diferencias, debido a la pseudo-filosofía que entraña su Ciencia. Por ejemplo, la distinción entre la materia y el espíritu; c) Igualmente la exclusión metódica de lo sobrenatural cuando estudia realidades teológicas en relación con el fenómeno, profesando un inocuo naturalismo científico, perfectamente lícito en principio, parece convertirse a veces, por la razón dicha, en un vicioso naturalismo filosófico anti-sobrenatural" (25).

No todo es sombrío en este cuadro. También hay luces: "Por su parte, los presupuestos teológicos, contrabalanceando la tendencia materialista y naturalista de esta pseudo-filosofía, hacen que la concepción teilhardiana, ya que no su Ciencia y su método, sea espiritualista y sobrenaturalista, y que se complete con una Mística humano-sobrenatural". Pero añade: "Lo natural y lo sobrenatural se afirman, pero se confunden". Y por ello, habiendo ya afirmado antes (lo mismo que Kuhn decía) que en realidad lo que nos da Teilhard es una simple *Weltanschauung* o Mundivisión o ideario o mentalidad (26), concluye así: "Debemos añadir que la *Ciencia cristiana* de Teilhard no es ciencia, pues está prejuzgada y dirigida extracientíficamente; y sería triste tener que añadir que no es tampoco cristiana, pero la confrontación de su doctrina con la auténtica verdad cristiana, no es ya objeto de nuestro estudio" (27).

J. ROIG GIRONELLA, S. I.

Facultad Filosófica de S. Francisco de Borja.
San Cugat del Vallés, Barcelona

(24) So 528.

(25) So 531.

(26) So 530.

(27) So 531.

NOTA: En los próximos números se publicará la continuación del interesante estudio del P. J. Roig Gironella, S. I., sobre la crítica en torno a la obra de Teilhard de Chardin, bajo los epígrafes:

- III. Filosofía.
- IV. Teología.
- V. Sentido de la obra teilhardiana.
- VI. Éxito en apologética.
- VII. Juicio de la Iglesia.
- VIII. Conclusión.



*¡oh noble Santiago,
Patrono valiente!
Nuestros enemigos
Tu poder ahuyente;
Y haz que te agrademos
Con fe reverente*

(Del himno de los peregrinos flamencos a Santiago, siglo XIII.)

A principios de nuestra era, Zebedeo, pescador en Safa, tuvo dos hijos: Juan y Yago.

El Evangelio nos enseña que mientras recogían las redes oyeron palabras de Jesús invitándoles a seguirle. Y se dejaron convencer por la Verdad.

La naturaleza humana es "religadora" con Dios, *ser hombre equivale, según San Pablo, a ser llamado por Dios a la "unión" con Él.* Y por el convencimiento de esa única verdad arrollaron barca (o medio de ganarse la vida), padres (o sublime deber de gratitud), exorcistas (o intervencionistas maléficis con el fin de dudar en la verdad), samarita-

seguir un fin justo en sí mismo, porque tampoco el fin justifica los medios; por el contrario, las leyes que regulan la parte racional e inmortal del hombre son preeminentes a las físicas y del instinto, están en un orden más elevado y subordinan el derecho a la conservación.

Santiago, con su martirio, nos enseña a sacrificar la vida en aras del deber y en holocausto a la Religión, a la Patria, a la Familia, a la Autoridad, a los más altos y supremos ideales... por los que murieron progenitores nuestros, por todo eso que la historia de nuestra Patria nos muestra y que motiva la risa hipócrita en los labios impotentes...

Cristo, gracias a la imperecedera nota mariana (1).

Vuelto, Santiago, a Jerusalén, el gobernador Herodes Agripa, para dar gusto a los judíos, le hizo decapitar el año 42, poco antes de las fiestas pascuales. Tampoco en esta última ocasión el fuego de su ser vaciló en morir el primero de entre los doce apóstoles por el amor a Cristo.

Sus discípulos, los santos Atanasio y Teodoro, recogieron su cuerpo y lo enterraron en un lugar de España llamado "Liberum donum".

Era el año 44 y hasta que en tiempo de Alfonso II el Casto, a principios del siglo IX, cuando aparecía-

ENSEÑANZAS DE SANTIAGO APOSTOL Y PATRONO DE ESPAÑA

nos (o placer carnal) y no sólo en esto sino que llegaron incluso a la sana ira regida por la razón y el empuje de amor decidido y sagaz de acabar con el Mal, la Mentira de la vida, y trocarlo por aquella Verdad.

Cuando Jesús les preguntó si podían beber del "cáliz" (las adversidades) que Él tenía que beber, no vacilaron, no se entretuvieron en "averiguar" el significado de "cáliz" y respondieron con un arrollador "podemos". Podían y querían seguir a Cristo hasta la muerte (Mt., 20, 20-3).

Ellos entendían que el derecho a la vida no es absoluto ni independiente de toda ley superior, no es fin supremo; ni tiene el hombre derecho a todos los medios para con-

Después de la venida del Espíritu Santo, cuando se distribuyeron los Apóstoles por la faz del pagano globo terráqueo de aquel entonces, cupo en suerte a Santiago el Mayor, el que por su ardor evangelista fue llamado por el mismo Jesucristo "Hijo del Trueno", venir a España.

Según la tradición desembarcó de una nave palestina gobernada por griegos o fenicios en la Bética, colocando allí su primer foco de apostolado en nuestro suelo. Recorrió, luego, toda la península y se aposentó en Iria (Galicia) y Zaragoza, en donde fue visitado y fortalecido por la Santísima Virgen que, como Medianera de todas las gracias, alcanzó de Dios la evangelización de España, "la evangelizadora de la mitad del orbe" y constituyó nuestra fe en

ron en el cielo resplandores y luces inusitadas en cierto lugar próximo a Iria y se llamó al Obispo Teodomiro, y se hicieron las excavaciones, no se descubrió el aposento con los restos sagrados de quien nos dio la Fe.

Este Apóstol, que la Teología le atribuye el máximo título de la Esperanza, junto a la Fe de San Pedro

(1) La tradición pone en boca de Tajón, Obispo zaragozano del siglo VII, una narración del glorioso origen del Pilar: "Cata aquí, dijo Nuestra Señora a su Apóstol, el lugar señalado y diputado a mi honra, en el cual por tu industria a mi memoria quiero sea edificada una iglesia; mira este PILAR donde estoy sentada, porque mi Hijo y Maestro tuyo lo ha enviado del cielo... y estará el pilar hasta el fin del mundo, y nunca faltará en este pueblo quien honre el nombre de Jesucristo mi Hijo" (véase CRISTIANIDAD, núm. 3).

y al de la Caridad de su hermano San Juan, fue visitado, en su Santuario, por las grandiosas peregrinaciones que de toda la Cristianidad concurrían a buscar la esperanza en una grande raíz o razón, para fortalecer el carácter de su tronco adusto, en sacrosanta Fe, en la base de toda Verdad: Cristo.

No en balde nos lo recomienda la Epístola de San Pablo, en esta festividad, después de contemplar el repudio que el mundo hace a los Apóstoles: *"Porque, aunque ten-gáis a millares de ayos en Jesucristo, no tenéis muchos padres. Pues yo soy el que os he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio"* y prosigue: *"Por tanto os ruego que seáis imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo. Con este fin he enviado a vosotros a Timoteo, el*

cual es hijo mío carísimo y fiel en el Señor: para que os informe de mi proceder en Jesucristo, conforme a lo que enseñé por todas partes en todas las Iglesias" (I Cor., 4, 15-17).

¿No se ve en los Santos Pablo y Timoteo a los sucesores de los Apóstoles, la Iglesia de Cristo? ¿No es, pues, en Ella en quien hemos de *"informarnos"* sobre la doctrina de Jesucristo predicada por sus apóstoles, en lugar de acudir a subjetivas interpretaciones profanas?

Este carácter que se mostraba patente en la primera mitad de la Edad Media, es, precisamente, el que falta, hoy, a la persona para el máximo rendimiento en el ámbito de la prosperidad: *afán de conocer la Verdad, la que es objetiva y como tal no creada por nuestras mentes sino descubierta por ellas, revelada*

y depositada en la Iglesia: "Yo para esto nací y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad" (Io., 18, 37), de lo que es, de lo positivo, del Bien, frente a lo negativo, frente al Mal; y *"Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos"* (Mt., 28, 20).

Afán de conocer la verdad para el íntegro sostenimiento de los valores que constituyen a la persona humana; verdadero adelanto espiritual, para no descomponer al hombre de su estabilidad, en la única relación de su estructura, la cual es *jerárquica*, y compuesta como sabemos de espíritu, alma y cuerpo...

Sírvanos, a los menesterosos, el Patrono de España como ejemplo... que, entre otras sublimes cosas, se nos muestra ahora como antaño lo hizo en Clavijo.

F. B. S.

BRASIL ENTRE DOS FUEGOS*

Una revolución que nos afecta

La revolución que derrocó al presidente Goulart ha terminado. Las fuerzas que le apoyaban cedieron sin resistencia alguna. Lo que parecía ser una estructura montada sobre bases sólidas se derrumbó en un día, al empuje de una sublevación cuyo verdadero carácter es necesario analizar.

Consideramos necesario fijar nuestra atención en los sucesos del país vecino no sólo porque lo que en él acontece nos interesa en cuanto país limítrofe, sino también porque creemos que el proceso que allí se desarrolla no es más que un episodio de una Revolución mucho más amplia, que abarca el mundo entero, el pasado, el presente y el futuro. Una Revolución cuyo objetivo último es la destrucción del orden cristiano, aunque muchos de los que la sirven sean cristianos y no tengan conciencia de estar actuando en ese servicio. Enfocar el problema desde otro ángulo, de un ángulo parcial cualquiera, nos haría incapaces de com-

prender absolutamente nada de lo que pasa. Nos perderíamos en mil reflexiones anecdóticas, todo lo agudas que se quiera, pero no por ello menos huérfanas de valor explicativo.

El problema es saber si lo acontecido en el Brasil es un mal o es un bien, o si es ambas cosas y en qué medida.

Sobre este punto nos hemos encontrado con las mayores sorpresas. Personas, grupos o naciones han tomado partido del modo más inesperado. Gente de "derecha" que se indigna por el derrocamiento de Goulart. Gente de izquierda que lo ve desplomarse con la mayor indiferencia. Esto nos muestra que el mal y el bien no son fáciles de discernir cuando no se tiene esa visión integral de la Revolución que padece el mundo.

Goulart y el comunismo

La era de Goulart representa un fuerte impulso dado a la socialización del Brasil. Su programa de Re-

forma Agraria, la estatización de numerosas empresas industriales o de servicios, la sublevación incitada en las filas de las fuerzas armadas, la impunidad otorgada a los agitadores, la concesión de grandes poderes a los sindicatos, el establecimiento de estrechas relaciones con los países comunistas, la demagogia presidencial y la callada labor de sus asesores, de neta filiación marxista, no dejan dudas sobre el carácter de su gobierno y sobre el objetivo a que tendía. Las declaraciones de inocencia formuladas por el presidente Goulart en Uruguay no pueden ocultar ni disminuir hechos que son públicos y notorios.

Dos oposiciones

Frente a esta fuerza socializante se levantaron dos oposiciones: la oposición de los políticos que, como Lacerda, no combatieron a Goulart en cuanto éste servía a la Revolución, sino en cuanto Goulart pretendía hacerla bajo la hegemonía de

* De la revista "Cruzada", de Buenos Aires.

Goulart y no la de Lacerda. Los políticos como Lacerda piensan más bien en una socialización progresiva, como la propuesta por la Alianza para el Progreso. La prueba está en la acción de este político como gobernador de Guanabara. Es sabido que su gobierno ha aumentado la intervención del Estado en materia económica, nacionalizando, por ejemplo, las empresas de transporte. En materia de educación, Lacerda propicia el laicismo. Es decir, el "líder" político de la oposición a Goulart no es más que una nueva versión de éste, pero en "cámara lenta". Como puede fácilmente advertirse, este tipo de disidencia no presenta una gran diferencia con su opuesto. Lo que Goulart hacía de un modo grosero y ostensible, con provocación, Lacerda lo haría con precauciones, calladamente, con la bendición de EE. UU., y sin ropaje comunista. Pero el resultado final sería el mismo.

Lo mismo dígase de Kubitschek, quien, al parecer, habría intentado detener la revolución que derrocó a Goulart.

Por otra parte, se opuso a Goulart la sana opinión católica del Brasil, con el liderazgo del Arzobispo de Diamantina, Monseñor Sigaud, el Obispo de Campos, Monseñor de Castro Meyer y el doctor Plinio Corrêa de Oliveira. La campaña lanzada a raíz de la proyectada Reforma Agraria alertó a muchos sobre el verdadero carácter del gobierno, y la fundamentación doctrinaria de esa campaña ilustró la resistencia de los "fazendeiros", e incluso, a no dudarlo, de algunos sectores militares. Este liderazgo encuentra eco inconsciente en grandes sectores del pueblo brasileño, sobre todo de los pueblos del interior, donde se conservan aún muchas tradiciones del "antiguo régimen" y aún perdura un sólido sentido católico.

La oposición mejor

De estas dos oposiciones, sólo la segunda representa la verdadera so-

lución para el Brasil. ¿Por qué? Porque sólo esta última posee la fundamentación doctrinaria necesaria para realizar una acción integralmente combativa de la Revolución, capaz de atacarla en todos los frentes y apta para reconstruir el orden cristiano bajo la inspiración de la Iglesia, único medio de fundar la grandeza y la paz del Brasil.

Desgraciadamente, esta alternativa no existe aún como posibilidad factible. La fuerza de la Revolución es tan grande, que controla la tesis y la antítesis, controla la organización de Goulart y la oposición de Lacerda. Por eso, con gran fundamento nos tememos que el presente golpe militar responda a la ideología que podríamos llamar "socializante" de las mentalidades similares a la de un Lacerda. Es posible que los generales que lo iniciaron, o algunos de ellos, hayan actuado con la sincera intención de reparar un mal objetivamente tal. Ese parece ser el caso del general Mourão, cuya proclama condena la subversión provocada por Goulart en las filas de las fuerzas armadas y el poder otorgado por éste a los sindicatos. Pero que estas buenas intenciones no priman, lo demuestra la conducción posterior de la crisis. Los políticos "socializantes" son admitidos a la mesa donde se toman las decisiones. Un Congreso compuesto por políticos incluso del mismo partido de Goulart continúa ejerciendo poder. Toda la estructura montada por Goulart sigue en pie. Siendo ello así, el triunfo de la asonada militar no es algo de lo que haya que regocijarse demasiado. Tal vez hubiera sido preferible mantener esa fuerza militar hostil a Goulart en un estado de latencia a la espera de una mayor concentración del poder opositor en manos de la verdadera derecha. Goulart, mientras tanto, habría servido para mantener la izquierda en la iniciativa y, a la luz pública, con todas las desventajas que ello implica cuando no se cuenta, como en este caso, con la suma del poder público.

Un triunfo no estratégico

La caída de Goulart no es, desde luego, condenable. En buena hora perezcan los servidores de la Revolución. Pero respecto a las posibilidades tácticas de esta misma, ¿qué signo tiene la caída? ¿No será más bien beneficioso para ella? Muchas veces no es conveniente enfrentar al enemigo sino cuando uno puede aplastarlo. Las victorias a medias pueden ser más peligrosas que las derrotas a medias. La izquierda brasileña ha conservado su organización. La falta de un combate armado ha dejado sin poder suficiente a los miliares como para asestar un golpe a fondo a la secta revolucionaria y a los políticos, que en mayor o menor medida la encubren y ayudan. El infortunio unirá a la izquierda y la hará aflar las espadas y madurar mejor su próxima acometida. La relativa oscuridad en que ahora se sumergen les permitirá minar mejor las bases de la organización social y política del Brasil. Y lo que es peor, la falsa derecha triunfante desprestigiará la solución de derecha, de orden, a los ojos del gran público, incapaz de percibir que los que hoy han triunfado no son sino una versión distinta del mismo fenómeno de Revolución universal, anticatólica, antitradicional e igualitaria. De ese modo, la saludable fuerza de orden que desde hace años trabaja en la formación de una verdadera conciencia católica en el Brasil hallará aún más difícil su lucha. El progresismo católico, en cambio, se sentirá más justificado al situarse, como es su irresistible tendencia, junto a la izquierda. Y la confusión aumentará junto con el debilitamiento de las resistencias del Brasil frente al avance del comunismo ateo.

Sólo nos queda esperar que nuestros negros vaticinios no se cumplan. Para ello elevamos una oración a Nuestra Señora de Aparecida, a quien rogamos por la salvación del Brasil y el triunfo de la Verdad sobre la Revolución satánica que hoy lo oprime, tanto desde la izquierda como desde la pseudo "derecha".

CRUZADA

Independencia es sinónimo de soberanía y ésta debe entenderse, según Pío XII, como "autarquía y exclusiva competencia en relación a las cosas"; soberanía de una nación ya sea hacia el exterior, ejerciendo su actividad internacional por su propio poder, o respecto al interior, como facultad de su organización política de obrar directa e inmediatamente sobre sus elementos con el límite del derecho natural y cristiano. Soberanía para cuyo concepto no debemos limitarnos a excluir la influencia de agentes externos personificados, sino atender a la libertad del cuerpo nacional, para cuya salvaguarda éste debe actuar por impulso propio y de acuerdo con su propia naturaleza creada por Dios.

Pues si fuera movido de otra manera distinta a aquella que le dicta su naturaleza y que va construyendo su tradición, ya no sería libre ni autárquico, sino que estaría igual que sometido a dominio ajeno. Independencia, soberanía, radicada en la libertad cristiana que nos explica el evangelio de San Juan en aquel sencillo versículo: "La Verdad os hará libres".

Así en este sentido es símbolo de nues-

la vida humana en un sentido más alto y más noble".

Esta Revolución se incubó en las Logias y cobró en ellas su gran impulso, influyendo a países del más hondo contenido teológico-romanista, como España, en donde provocaron los orígenes y causas de los afrancesados.

En nuestro país las ideas racionalistas se habían esbozado ya con los Borbones, las esferas gobernantes escandalizaban con su mal ejemplo y había un conjunto de ideologías mal traducidas y poco adaptadas, de ideas disolventes, propaladas por la clase dirigente, aunque la mayoría de las veces sin otro designio que la petulancia de mostrarse "ilustrados" ante un pueblo fiel y dócil, pero que no les entendía y al que cada vez más, divorciaban del Gobierno.

Así pudo haber los primeros intentos unificadores de nuestro derecho nacional con Felipe V. Se desarrolló con Carlos III el llamado "despotismo ilustrado". Las ideas nacidas al ejemplo del protestantismo y de la estructura ideológica de la justicia formal de Stammler, *el racionalismo*, en una palabra, se desarrolló en logias masónicas (los "grandes orientes") y se creía que la "razón pura" serviría

La situación en España y la guerra por la independencia

La introducción formal de la Revolución en España tuvo como principales instrumentos a Napoleón y Godoy con cuanto ellos representaban.

Los soldados franceses fueron recibidos con galas y banquetes por la aristocracia y por la clase dirigente en contraposición al pueblo que miraba con recelo a aquella soldadesca brutal, descaradamente antirreligiosa, que tachaba de supersticiones y fanatismos las profundas creencias de nuestro pueblo y le trataba como a país conquistado, no respetando el pudor de las mujeres, ni la dignidad de los hombres; y que a su paso iba propagando las perniciosas ideas antinaturales de la Revolución amparadas por la masonería (extendida entre la clase aristocrática y enriquecida; y propulsora del ataque a la Iglesia y a las escasas tradiciones políticas que entonces se conservaban) e incorporadas por el liberalismo.

Frente a estos tales (liberales, afrancesados...) existían los *realistas*, de lo español puro, con su Dios, su patria por regiones y su rey; no despreciando lo bueno del extranjero, pero sin olvidar

ESPAÑA: GUERRA DE LA INDEPENDENCIA O CORTES DE CÁDIZ

tra Patria la Guerra de la Independencia, aquélla que no se aviene a transacciones fáciles para conseguir una comodidad material a trueque de los más altos valores que universalmente nos han definido y constituido. Guerras de la Independencia lo han sido las sufridas por España desde la Reconquista hasta la de 1936. Pero hoy nos detendremos en la iniciada en mayo de 1808, ciento cincuenta y seis años atrás, y que marcó la encrucijada de España en el mundo contemporáneo.

La Revolución

Cundía por Europa aquella forma elegante de poder, los hombres, obrar conforme a sus concupiscencias y de hacer gala de irreligión, que se plasmó en los errores de un pretendido racionalismo, que llamaron "filosofismo" y que, juntamente con el naturalismo, creó como producto suyo a la Gran Revolución nacida en Francia en 1789, la que según *Paulo VI* "no había hecho otra cosa que apropiarse algunos conceptos cristianos, hermandad, libertad, igualdad, progreso, deseo de levantar las clases humildes. Porque todo esto era cristianismo, pero ahora había asumido una enseñanza anticristiana, laica, irreligiosa, que tendía a desnaturalizar aquel trozo de patrimonio evangélico, dedicado a valorar

para estructurar el Universo, olvidando la dimensión moral, religiosa, volitiva, humana, en fin, del hombre.

Con este racionalismo se intentaron las unificaciones, "*para todos igual*", sin parar que unos eran diferentes a los otros, que existían lenguas, derechos, territorios, nacionalidades, en total, incluso dentro de los mismos Estados. Así ocurría en España, uno de cuyos puntos de unión entre todas sus nacionalidades era el catolicismo que, en extraña descoincidencia política, pero en concordancia filosófica, se pretendía negar también.

En resumen, unos cuantos, a quienes por el lugar de origen de sus ideas se les llamaba "afrancesados", despreciando a toda la tradición patria, la realidad de lo que habíamos llegado a ser, y a su constitución cristiana, abrazaron las "nuevas ideas". Y poco les importó ser absolutistas o constitucionales, creyentes o ateos, analizar su racionalismo o menos pensar dos minutos "en derechas" antes de llamarse filósofos, librepensadores — como dijo Menéndez y Pelayo — ni, en colofón final, ser o no traidores a su Patria ante el invasor, llegando a parodiar unas cortes nacionales para ser impuesta a ellas, en Bayona, una constitución extraña por un rey también extraño, o a su nacionalidad foral, propugnando un catalán la constitución unificadora de las Cortes de Cádiz.

que, en todo caso, para incorporarnos, debía acoplarse al sentido y forma de ser de las Españas.

Se organizó la resistencia democráticamente y a la española, federalizada instintivamente, avivada por el espíritu religioso y acaudillada por los frailes: P. Rico en Valencia, P. Gil en Sevilla, Fray Mariano en Cádiz, P. Puebla en Granada, Obispo Menéndez de Lurca en Santander... La Virgen del Pilar no podía querer ser afrancesada de aquella revolución anticristiana y Gerona se preparaba al holocausto invocando a su patrono, el Obispo San Narciso, mártir cristiano del primitivo paganismo que hoy se repetía.

Los sitios se multiplicaron; el sentir español, desgastado por tantas calamidades anteriores, resurgió con nuevos ímpetus, eclipsando la gloria de Sagunto y Numancia, Zaragoza y Gerona; y nos dijo que se mantenía vivo el individualismo, constante, perenne, del pueblo español mostrándonos a los guerrilleros para desconcertar a más de doscientas mil águilas. Un español pudo contestar al mariscal vencedor en cien combates: "señor, esta espada vuestra es la primera que gano"... Los tambores del somatén catalán atormentaban los tímpanos del extranjero; el alcalde de un pueblo arengaba a toda la nación; en una villa, capital del reino, los crímenes no

amedrentaban, por el contrario, eran contestados con los antiguos cañones, trabucos, palos o simples músculos humanos... En otros sitios se luchaba casa por casa, como en Zaragoza cuando, ante la "paz y capitulación" gritada por los franceses, con las murallas rotas, respondían "¡guerra y cuchillo!"; mientras, Gerona contestaba —comiendo sus habitantes animales muertos en epidemias, cuero e inundancias, cuando todos, famélicos, eran cadáveres vivientes— que la retirada la harían por el cementerio.

Este sentir español se mostró estando el país sin dirigentes y faltos de las cosas que ayudan al bien común. A España la desgarró la revolución, pero sus hijos bebieron en el Cáliz del Señor para convertirse todos en algo difícil de alcanzar, quizás por ello también ridiculizado, en mártires de la santa tradición hispana.

Razón de la Guerra de la Independencia

Éstos fueron los episodios que vivieron nuestros abuelos en aquella guerra que Cánovas del Castillo llamaría precursora de las carlistas y en la que España, sin rey, era fiel al rey, con el Papa cautivo era fiel al Papa, y defendiendo sus altares y sus tradiciones, salvaba su esencia y constitución.

Se peleó por Dios, la Patria y el Rey con el sabio entendimiento español de este trilema; era guerra de la Independencia, sí, pero con el fondo teológico que encierra su significado católico; no de otro modo podría explicarse que a los trece años escasos de este espontáneo alzamiento nacional contra las huestes francesas de los Murat, Saint-Cyr, Augerau, Verdier... el pueblo aplaudiera el recorrido por la península de los cien mil Hijos de San Luis, desde los Pirineos hasta el Trocadero, dirigidos por el Duque de Angulema.

Nuestro pueblo se lanzó al combate porque entendía que el derecho natural a la integridad física, como todo derecho, no es un fin en sí mismo sino tan sólo un medio para alcanzar otros fines más elevados por los cuales se debe ofrecer la propia vida, y el principal de los mismos es transmitir sin menoscabo la integridad moral, religiosa, que nos legaron. Esta fue y es la principal razón de guerrear, de preferir la muerte antes que la vida por la Independencia.

De forma parecida a como nuestras plumas inmortales, según frase de Menéndez y Pelayo, "no han tenido alas para volar sino al cielo de la verdad católica", del mismo modo nuestras luchas por la Independencia no han fructificado ni tenido otra causa ni característica que la fe católica, aquella que diera explicación a la "mguerte do el vivir se alcanza" o al "vivir muriendo" primero de Santa Teresa.

Esta religión diferencia a las guerras por la independencia de genuina naturaleza española de aquellas otras que por el mismo fin, aunque con distinta causa se hayan podido ofrecer en nuestro suelo sin más sello que el de un aislado episodio histórico, como la de Omar-ben-Hafsum, por ejemplo, en su primera época, donde los motivos que alentaban su lucha por la Independencia eran raciales y sus resultados finalizaron en el desastre de Poley, en oposición a la Reconquista cristiana cuyos efectos trascendieron el límite geográfico e histórico al decir del historiador Burckhardt que "sin el ímpetu de los españoles y su *ardor católico*, el Islam hubiera conquistado Roma, convirtiendo San Pedro en una mezquita" (1).

La traición al pueblo español...

Sin embargo, a pesar de la fuerza tremenda de este sentimiento popular, una situación fuera del común y natural sentir de los hombres se consolidó en España, era el divorcio del Gobierno con la nación gobernada.

El pueblo combatía con ardor y por fe unas ideas que eran recogidas por quienes se denominaban sus representantes o diputados en las Juntas Nacionales y Cortes constituyentes, sin importar que muchos de ellos hubieran sido reclutados arbitrariamente en la Isla de León, desoyendo las voces del gallego Tenreiro cuando pedía se esperara la incorporación de los diputados que faltaban.

Aquí podemos comprobar que tienen existencia verdadera y efectiva las palabras que, para tiempos más recientes, anunciara Vázquez de Mella: "En estos días sombríos en que la Revolución se cierne sobre el horizonte y todo tiembla y vacila, hasta los altares... entonces... no tenemos que hacer más que pelear con nuevos ardores; y si nuestra bandera llegara a triunfar, sería muy posible que nuestros adversarios de la víspera se nos adelantasen, que ellos recogieran el premio de la victoria y nosotros tuviéramos que retirarnos a nuestros hogares, serenos y satisfechos de haber hecho un culto de la lealtad y del deber".

El triunfo de la Revolución de España se alcanzó de manera despiadada y vergonzosa para sus artífices y con verdadera mancha para la historia política nacional, traicionando con política trasera, de pasillos y "guanto blanco" a los que ofrecieron su vida por los ideales Contrarrevolucionarios, al pueblo en su lucha denodada contra lo que pretendía el invasor, a sus sentimientos.

... Obra de las Cortes de Cádiz

En toda España, espontáneamente, al inicio de la lucha se habían formado

(1) Véase CRISTIANDAD, núm. 26, páginas 176 y 177, "Omar-ben-Hafsun".

unas Juntas Provinciales de salvación que, como era lógico, requerían una cabeza que las ligara y para lo cual no satisfacía la Regencia dejada por Fernando VII, precisamente por "afrancesada"; su restauración corrió a cargo de Jovellanos, y se formó la Junta Central, en la que se señalan ya tendencias distintas.

Los afrancesados, liberales, aprovechando el entusiasmo de una convocatoria a Cortes a la tradicional usanza española (que propugnara el Arzobispo de Laodicea Don José Acisclo de Vera y Delgado) y a la desvirtuación que de las mismas había hecho Martínez Marina, crearon a su capricho las cortes de Cádiz, hijas del filosofismo y de la enciclopedia, sin más propósito que el de encadenar la voluntad del pueblo español, al hacer (Calvo de Rozas), una caricatura de aquel organismo origen de la Revolución que eran los Estados generales de Francia y que hizo notar el diputado valenciano Borrull.

No ampararon a la nación en su empeño decidido de luchar contra el invasor, sino que buscaron una resonante tribuna desde donde predicar las doctrinas del anterior siglo; a la par que un medio de apoderarse del gobierno de la nación para desgajarlo del pueblo, despectivamente llamado "servil" y obligarle a que practicara las nuevas ideas de creación subjetiva y extranjera, además de anticristiana, que "democráticamente" le imponían por no haberse dejado ganar en "sutilezas persuasivas".

Así se creó aquel "pegote sobrevenido" que fue el liberalismo español y que incluso veía Merimée ante las "mal pergeñadas" letras de "Plaza de la Constitución" sobre un pedazo de yeso, el cual tenía por fondo mármol o piedra berroqueña con una inscripción que rezaba "Plaza Real" o del Santo patrono de la localidad (2).

La Constitución Liberal de Cádiz no era más que eso: la "Pepa" despreciada por el pueblo, el primer eslabón desde donde partieron las numerosas puestas, quitas y respuestas constitucionales, sin el mínimo respeto a esas leyes que hipócritamente denominaban sentadoras de la convivencia básica en el país, o la desgracia que sensatamente motivaría la famosa Regencia de Urgell del Arzobispo de Tarragona, Creus, Barón de Eroles y Marqués de Mataflorida, el ejército de la Fe, la guerra de 1821-23 y la popular intervención de los Hijos de San Luis.

En esas Cortes (con la oposición de Don Pedro de Quevedo y Quintana, aquel obispo de Orense que contestó al propio Napoleón negándose a asistir a las Cortes de Bayona, de la casi totalidad de los diputados catalanes y gallegos y

(2) Véase CRISTIANDAD, núm. 47, página 92, "El Himno de Riego", por Luis Creus Vidal.

muchos más), se hizo adoptar, primero, el principio de soberanía nacional, liberal, con el pretexto de restablecer la tradición castellana, introduciendo, así, el pensamiento extranjero en favor de una democracia que no era cristiana ni española, para pasar, después, a la supresión del Santo Oficio, o con anterioridad al mismo, a la proclamación de la libertad de imprenta, también liberal, que dió a los vergonzosos escándalos a la salud pública con la "Triple Alianza", "El Conciso", "El Robespierre Español", "La Abeja", el "Diccionario Bursalesco" de las sátiras de Gallardo o más tarde las injurias de "El Zurriago" y de "El Conservador". El triunfo de esa "libertad de imprenta se consiguió el 19 de octubre de 1810 en aquella ciudad de Cádiz entonces liberal, revolucionaria, irreligiosa y antifernandina, que amenazaba a los realistas; y por obra de 68 diputados de los cuales sólo 28 lo eran en propiedad, los más eran suplentes, reclutados de entre las tertulias políticas y la Masonería, en la acostumbrada arbitrariedad con que lo hacían estas Cortes (3).

Resumiéndolas debemos afirmar que sentaron básicamente el principio de la supremacía del Estado sobre la Iglesia, o sea del *totalitarismo*; el principio racionalista de la omnipotencia de la razón humana sobre toda norma objetiva... aquel totalitario "orden nuevo europeo" que engendraba Napoleón, el que hacía y deshacía las naciones a su antojo.

Significado de la Guerra de la Independencia

Y todo ello ocurría por obra de unos políticos que quebrantaban la lealtad y fidelidad que debían a sus representados, al país que tan bien supo interpretar Pitt cuando decía a sus ministros, después del desastre de Ulm: "Todavía hay un remedio, si se levanta una guerra nacional en Europa ¡y esta guerra ha de empezar en España!" "Sí, señores; la España será el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica; la sola que puede salvar a Europa."

También se puede observar el conocimiento que los políticos extranjeros tenían en nuestro país en aquella carta que De Maistre, representante del Rey de Cerdeña, escribía a un amigo desde la corte del Zar: "todos los ojos están fijados en España. Hace tiempo que no se ha dado a

los hombres un espectáculo más grande. ¿Cuál será el desenlace? Cuántos tienen corazón esperan con ansiedad que no puede expresarse. Yo he dicho siempre que si podía esperarse una resistencia eficaz, ésta saldría de nación que no ha leído nuestros folletos. Pero, sin escrutar el porvenir, vemos ahora cómo las naciones más poderosas no han podido hasta este momento asestar a Bonaparte un golpe tan sensible como el que recibe de la santa insurrección de España (por esta vez puede llamarse el más santo de todos los deberes). La causa del género humano se decide hoy día en España y todos los ojos han de estar atentos a esta nación." (4) ¡Qué contraposición y discrepancia presentan estas palabras de los dos únicos observatorios políticos de la época que Napoleón no había podido amañar, con las "enseñanzas históricas" que nos diera más tarde el ilustre y enciclopedista Conde de Toreno cuando definía a nuestra guerra como "singular demagogia, pordiosera y afraída, supersticiosa y muy repugnante" al escribir la historia de España!...

Nuestro alzamiento de salvación europea y del género humano que nos radicaba a manera de *única esperanza* según los mencionados políticos extranjeros, solamente fue posible porque, como nos dice el erudito periodista Luis Ortiz Estrada: "si no teníamos ejército, dinero, ni apenas gobierno, España conservaba lo que a Europa le faltaba: el corazón alentado por los grandes ideales característicos de la civilización cristiana, que restituye al hombre su pleno valor haciéndolo señor de sí mismo y dueño de sus propios destinos, aunque no posea más bienes que un pedazo de pan y un trozo de arpillera con que cubrirse." (CRISTIANDAD, núm. 46, "La nación que no ha leído nuestros folletos", pág. 75).

Este ideal cristiano, si bien traicionado por las cortes de Cádiz, representaba a España, a su pueblo, frente a los ejércitos de Napoleón que profanaban el suelo de la única nación no contaminada por sus "folletos", al introducirlos con la punta de sus bayonetas. Y esto — pese a quien pese — debe enseñarse en las escuelas, porque es la verdad. Y solamente empezando por su aceptación, no negando aquello que desfavorezca "nuestras" ideas, mirando a la historia y a la política limpiamente y con ideal cristiano, podremos edificar sólidamente cualquier unión, incluida la europea.

España se levantó para conciliar el orden y la libertad, destronados al alardeo de sus mismos vitores, pero sin ideal "derechista" liberal, porque era el auténtico pueblo — el que no sabe de derechas" ni "izquierdas" — el que no tiene que "conservar" nada inmoral y es, sencillamente, natural y cristiano, que guerreó, precisamente, contra el desorden que pretendían, ocn afán de imposible, conciliar y con ello conservar con figuras de libertad y de orden lo que no era ni ha sido nunca más que sus mismas negaciones.

* * *

"Conviene que los pueblos que han hecho grandes cosas respiren de tanto en tanto el aire de los tiempos pasados, para cobrar en él nuevas fuerzas y ardimiento mayor."

Esta sentencia de Victor Gebhardt justificaría la recordación de nuestra Guerra de la Independencia y ello llega a ser de mayor consecuencia cuando la historia evocada sigue, se perpetúa, ofreciendo analogía con las circunstancias nuevas, a las que da sus enseñanzas y experiencias.

España ha realizado una verdadera exposición de acontecimientos tan memorables que en lo esencial perduran y han de perdurar siempre porque en ellos se debatieron con grandes cuestiones políticas, grandes cuestiones teológicas.

La Guerra de la Independencia representó la lucha de un pueblo que encarnaba una teología católica, no frente a unos "vecinos codiciosos" por pura causa de una "maldad originaria" como interpretan irónicamente las crónicas de signo liberal, sino frente a una revolución anticristiana y tan codiciosa que pretendía dominar al mundo, incorporada por desgracia en la hermana nación de Francia. Y al mismo tiempo que nos presenta a este pueblo luchando por su fe y alcanzando la victoria, nos enseña cómo fueron traicionados ambos, pueblo y victoria, en beneficio de las ideologías enemigas y derrotadas. La historia continua, se repite y puede repetirse más; y en nuestras conciencias está seguir a Cristo si es preciso hasta la muerte, como Él mismo nos enseñó, defendiendo el orden natural del mundo impuesto por Dios, o negarle, ya sea abiertamente, luchando por la Revolución, o lo que es más plácido imitar la turba inmensa, mayoritaria, que siempre ha mirado indiferente la Crucifixión del Señor.

FRANCISCO BARTUMEU SANLLEHÍ

(3) Véase CRISTIANDAD, núm. 46, páginas 69-74, "Las Cortes de Cádiz", por Melchor Ferrer.

(4) Véase CRISTIANDAD, núm. 46, página 75, "La nación que no ha leído nuestros folletos", por Luis Ortiz Estrada.

PROBIDAD Y NOBLEZA INFORMATIVAS

Da gusto poder contar ejemplos de esta naturaleza cuando una y otra vez se nos asignan desde el Vaticano las cualidades que deben adornar la pluma del periodista católico. Y lo vamos a narrar en honor de nuestra bendita Madre en el Misterio de su Asunción gloriosa, porque empezamos a tomar el hilo con ocasión de un reportaje titulado "Du dogme de l'Assomption à Vatican II" (1). Por otra parte será una continuación, o complemento, de lo que escribía para ustedes en el mes de febrero (publicado en estas columnas el mes de abril) sobre la *cuestión marial*.

Gracias a tal artículo-reportaje mariológico me enteraré — todavía es la hora que no he visto la recensión en las muchas revistas españolas que pasan por mis manos — de la publicación en latín de una obra interesantísima intitulada "De quaestione mariali in hodierna vida Ecclesiae" (165 pp. Ed. 124, via Merulana, Romae). Su autor es el reputado mariólogo español el P. José A. de Aldama, de la Compañía de Jesús.

El abate Richard confía que la luz que aporta nuestro padre jesuita servirá de mucho a los padres conciliares para la próxima sesión, ya que toca una serie de cuestiones importantes y denuncia la ligereza de ciertos métodos y la manía de catalogar las tesis y las personas en 'maximalistas' y 'minimalistas' (2).

Al cabo de un mes el mismo abate Andrés Richard nos daba una información más amplia en su artículo "Le duel Laurentin-De Aldama". Podríamos resumirlo a base de los mismos titulares que encabezan los diferentes apartados. Dos mariólogos ante el hecho marial — ¿Crecimiento maravilloso o patológico? — La clave del problema — Un movimiento que viene del Espíritu — ¿Duelo o dúo?"

Nos parece bastante expresiva la forma con que presenta a los dos autores, basándose en la observación que

(1) Cf. *l'Homme Nouveau*, rev. bim. francesa, núm. 372, página 16, París, 19 abril 1964.

(2) "Un mariólogo reputado, el P. José A. de Aldama, de la Compañía de Jesús, bajo los auspicios de la Academia Mariana Internacional, cuya sede está en Roma, acaba de publicar una obra en latín sobre «la cuestión marial en la vida actual de la Iglesia»."

Es de esperar que su exposición luminosa pueda llegar a todos los Padres del Concilio antes de la próxima Sesión. Breve, pero firmemente el autor fija, a partir de la práctica misma de la Iglesia, la bien fundamentada, la situación exacta y el alcance de una consagración a María, aun cuando los consagrados sean los no cristianos. Toca a fondo multitud de cuestiones importantes, y sobre todo denuncia la ligereza de ciertos procedimientos y la manía de catalogar a las tesis y a las gentes en "maximalistas" y "minimalistas".

Hay un modo peligroso de tomar cierto número de verdades materiales, bien arraigadas en la conciencia del pueblo cristiano y contrabalancearlas con pesos opuestos de concepciones casi jansenistas. El resultados a esperar de este esfuerzo de falsa simetría... una violación de la enseñanza ordinaria de la Iglesia y de su fe... (A. Richard).

el padre Balic, Presidente de la Academia Pontificia Mariana Internacional hace en el prefacio que ha escrito para la obra del padre Aldama, esto es, nos creeríamos trasportados al tiempo del *sic et non*, es decir del antiguo método escolástico que consistió en presentar sucesivamente el *si* y el *no* sobre el mismo objeto.

Como es la hora que no hemos podido hacernos con ninguno de los dos libros, tenemos que limitarnos a informar según lo hace el ponderado sacerdote director de *L'Homme Nouveau*. Por otro lado, ya dijimos desde un principio que nuestro propósito era más bien presentar el caso de este periodista como ejemplo de probidad y nobleza informativa, antes que entretenernos en debatir la cuestión mariana sobre la que dimos ya nuestra opinión en el número del mes de abril.

"A primera vista el abate Laurentin representa el NO y uno puede creer que su obra ha frenado efectivamente el 'movimiento marial' entre los Padres conciliares.

El padre Aldama representa el Sí, y sigue paso a paso al abate Laurentin para refutarle la mayor parte de sus afirmaciones con gran moderación en la forma y no menos gran firmeza o solidez en el fondo".

Detallemos un poco más.

La diferencia de nuestros dos autores está en que uno considera el inmenso movimiento mariano de nuestra época a la luz de la acción evidente de la Jerarquía, y el otro, no colocándose desde el mismo punto de vista, ve sobre todo las franjas de espuma y se encuentra arrasado al ejercicio agudo de una crítica que le hace considerar menos como una creencia bajo el influjo del Espíritu que como una conjuración y promoción artificial... Uno tiene a veces la impresión de que el abate Laurentin ha querido, no sin alguna malicia, hacer el oficio de abogado del diablo. Sin embargo, si él expone una especie de "Somme" bastante sensacional de dificultades y de objeciones es para que ella provoque estudios, respuestas, precisiones, un mejor progreso de la teología mariana...

El partir de 'hechos de Iglesia' permite, en cambio, al padre Aldama poner en sus más justas y realistas proporciones las críticas de René Laurentin. Así puede resumir su pensamiento en algunas proposiciones muy claras:

1.^a El carácter mariano de nuestra época no puede ser condenado, ni minimizado.

2.^a Si uno toma el movimiento mariano en toda su amplitud, es falso tildarle de exageraciones peligrosas o de falta de proporciones en sus elementos variados.

3.^a Si uno comprueba ciertas desviaciones con relación a ciertos principios de la fe y de la teología,

ciertamente que conviene condenarlos. Mas ¿por qué atribuirlos al 'movimiento marial' en sí mismo más que a defectos individuales?

4.^a No puede haber conflicto verdadero entre el movimiento mariano y los demás: ecuménico, litúrgico, bíblico..., pues todos responden a una acción del Espíritu Santo y a la dirección del Magisterio de la Iglesia. Es absurdo pensar que el Espíritu Santo se contradice.

El padre Aldama, pues, puede concluir que el carácter mariano de nuestra época es inexplicable sin la dirección del Paráclito que rige eficazmente la Iglesia. Y a esta dirección interna corresponde maravillosamente la dirección externa de la Jerarquía, en particular de los Romanos Pontífices, de su acción constantemente vigilante y estimulante. Y a esta acción jerárquica responde con evidencia todo el pueblo cristiano, dócil y sumiso.

Consiguientemente, el padre Aldama pide no que dejen de tenerse en cuenta las observaciones, puntos de vista y dificultades que puedan ofrecer algunos, como el abate Laurentin, sino que se evite darles una importancia demasiado excesiva, la cual no puede crear otra cosa que confusión y hasta injusticia.

"Del mismo modo nos complace completar esta recensión demasiado rápida con la hermosa frase del P. Aldama, al saludar en el prefacio, antes de entrar en liza, al amigo contra el cual cruzará su espada: "*Quo validius clarescat vel inter amicos, magis amica veritas*". (Incluso entre amigos, sea más amiga la verdad, a fin de que resplandezca más poderosamente) que enfrentar dos mariólogos unidos por la amistad, y más todavía amigos de la verdad, permite a esta verdad resplandecer más todavía para que así se lleve a cabo una serena "conspiración" en la búsqueda de la verdad y en honor de la celestial Madre de todos. En suma, que el "duelo" se convierta en "dúo".

Con todo, no había pasado una quincena, y el abate Laurentin escribía una 'carta abierta' al abate Richard, que da la impresión de que no le hizo mucha gracia la frase titular 'El duelo Laurenti Aldama' y, naturalmente, muchísimo menos, la sólida argumentación de nuestro padre jesuita. Parece un tanto apasionada la tal respuesta, y no muy conforme su espíritu con la redacción literaria. Lo diremos con sus mismas palabras, por-

que no quisiéramos enrarecer la información a costa de la imparcialidad:

"A la cuestión planteada por vuestro título ¿DUELO o DÚO? contesto en seguida: ni lo uno ni lo otro.

"Para un duelo es preciso que dos personas se batan. Yo no he atacado a nadie. Yo he sido atacado; y no he replicado. Si pretendo restablecer aquí la verdad en la medida en que atañe por la forma que se me ha tratado, guardare la regla que he adoptado en mi libro: respetar las personas. No denunciar el nombre de los "enfermos" sobre los cuales he dado el diagnóstico de las deficiencias que es preciso curar. Hay que hacer algo más útil que batirse en torno a la Virgen que es Reina de la Paz.

"En cuanto al dúo, se supondría que empiezo a falsear lo que he escrito. Pues la presentación que han hecho de mi libro, *la cuestión marial*, es una caricatura. Más de una vez, leyendo esta exposición de mi pensamiento, he sentido vacilar mi razón y me he preguntado: ¿He dicho verdaderamente o he sostenido lo que parecen hacerme decir o sostener? ¿He omitido verdaderamente esta verdad que me oponen? He tenido que tranquilizarme releendo mi texto, del que no tengo nada que cambiar" (4).

En terminando la lectura de esta carta abierta, cualquiera diría que el padre Aldama es reo de la más flagrante ligereza, de una no pequeña exageración y de un sentido ferozmente polemista.

Menos mal que el abate Richard encabeza la transcripción de esta carta con una apostilla, cuya ejemplaridad me ha movido a hacer esta recensión:

"Sobre el fondo, nos limitaremos a dos observaciones. La primera que M. Laurentin tal vez no se ha dado cuenta del efecto psicológico masivo, producido por la suma de críticas sobre su libro...; nuestra segunda observación tomar nota con gozo de un elemento que nos permite esperar, como lo deseamos ardientemente, que el "duelo" se convierta rápidamente en "dúo"... El "dúo" debería ser tanto más fácil cuanto que el libro del que damos cuenta *nos parece perfectamente mesurado y amigable en su forma.*"

Consignamos, pues, con satisfacción esta postura del sacerdote director de *l'Homme Nouveau*. Es tan corriente hoy día ponerse en medio guiñando el ojo a una parte y a otra, aunque en una de ellas esté la verdad. ¡Como está en un *extremo* opuesto al error!... y no se puede ser *extremista*. Y a veces, señores, **VEL INTER AMICOS, MAGIS AMICA VERITAS**. Suponemos, claro está, la prudencia.

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

(4) *L'Homme Nouveau*, núm. 376, pág. 16, París, 21 junio 1964.

SUMARIO

- Editorial: Hispanoamérica, por Fernando Serrano Misas.
- Radiomensaje de S.S. en la clausura del Congreso Eucarístico de León.
- Homilía del Cardenal Landázuri, Legado en la Clausura del Congreso Eucarístico de León.
- O Sacrum Convivium..., por Francisco Segura, S.I.
- Un aspecto del ecumenismo, por E. Guerrero, S.I.
- El problema de la libertad de conciencia, por Daniel M.^a Agacino, S.I.
- Pío X, Pío XI, Pío XII, por Luis Creus Vidal.
- Al Corazón de Jesús por el Corazón de María, por Roberto Cayuela, S.I.
- Sobre la "píldora" (entreviú del Cardenal Octaviani).
- Sentido y alcance de la obra de Teilhard de Chardin, según sus críticos, por J. Roig Giromella, S.I.
- Enseñanzas de Santiago Apóstol y Patrono de España, por F. B. S.
- Brasil entre dos fuegos.
- España: Guerra de Independencia o Cortes de Cádiz, por Francisco Bartumeu.
- Probidad y nobleza informativas, por Martirián Brunsó, Pbro.